

CATALUÑA

REVISTA SEMANAL

DIRECCIÓN Y ADMINISTRACIÓN

Calle de Muntaner, 22, bajos

De los artículos firmados son responsables sus autores

No se devuelven los originales

— PRINCIPALES COLABORADORES —

D. Miguel S. Oliver. — D. Ramón Rucabado. — D. Bartolomé Amengual. — D. Carlos Jordá. — D. José M. Tallada. — D. F. Sans y Bulgas. — D. J. M. López Picó. — D. F. de Sagarra. — D. Buenaventura Cunill. — D. Eladio Homs. — D. J. Martí y Sábá. — D. Eugenio d'Ors. — D. José Carner. — D. J. Sitjá y Pineda. — D. J. Farrán y Mayoral. — D. Manuel Reventós. — D. Emilio Vallés

SUSCRIPCIÓN

España 3 pesetas trimestre
Europa 3 francos
Número suelto 25 céntimos

— PAGO ANTICIPADO —

Año V

Barcelona 23 de diciembre de 1911

Núm. 220

SUMARIO

Dedicatoria.

La obra de Maragall

Elogio de la palabra. (Traducción).

Elogio de la poesía (Fragmentos traducidos):

Del teatro. — De la danza.

De las reales jornadas. (Fragmento traducido):

Día 6 de abril de 1907.

Una página inédita. — Mensaje de las Corporaciones barcelonesas al Rey D. Alfonso XIII, en 1902

Artículos. — El templo que nace. — La montaña. — El libro ideal. — ¡Alerta!

Poesías. (Fragmentos):

Poesías. — Les disperses. — Enllá. — Seqüencies.

Traducciones: — Ifigenia a Taurida. — Eridon y Amina. — Olímpica primera de Píndar.

Artículos. — La vuelta al mar. — La culpa del verano. — El cesto de frutas. — Los vivos y los muertos. — Bien catalán

En el tránsito de don Juan Maragall, esta Redacción, con todos sus amigos y colaboradores, presenta á la señora Viuda, á sus hijos, y á nuestro estimado compañero José Lleonart y Maragall, el testimonio más sincero de la mayor pena.

Juan Maragall

El día 20 de diciembre, don Juan Maragall fué llamado por el Señor.

Se ha dicho: He aquí un Hombre del cual no se puede hablar sino después de un silencio muy puro.

Si el Maestro amó la quietud, sepamos no profanar este momento declamando elegías. Meditemos su obra.

Elogio de la palabra *

Señores:

Que gloria para mi haber llegado á sentarme en este sitio y ser el primero de alzar la voz en el año. Y pues, ¿tanto me amáis que yo os gustase para presidir toda la compañía? Yo quiero corresponder á vuestro amor y á la dignidad que él sólo me concedía, hablándoos del nuestro amor común á la razón de ser de esta casa: haciéndoos el Elogio de la Palabra.

Dice Raymundo Lulio: «todo cuanto puede hombre sentir con los cinco sentidos corporales todo es maravilla, pero pues á menudo hombre siente corporalmente, por esto no se maravilla. Esto mismo sucede con todas las cosas espirituales que hombre puede recordar ó entender».

Yo creo, pues, que la palabra es la cosa más maravillosa de este mundo porque en ella se abrazan y se confunden toda la maravilla corporal y toda la maravilla espiritual de nuestra naturaleza.

Parece que la tierra invierta todas sus fuerzas en llegar á producir el hombre como á más alto sentido de sí misma; y que el hombre invierta toda la fuerza de su ser en producir la palabra.

* Discurso presidencial en el «Ateneo Barcelonès». Sesión inaugural del curso académico de 1903 á 1904. (Traducción de L. C.)

Mirad el hombre silencioso aún, y os parecerá un ser animal más ó menos perfecto que los demás. Pero poco á poco sus facciones van animándose, un comenzar de expresión, ilumina sus ojos con una luz espiritual, sus labios se mueven, vibra el aire con una variedad sutil, y esta vibración material, materialmente percibida por el sentido, lleva en su seno esta cosa inmaterial despertadora del espíritu: ¡la idea!

¡Cómo! ¿Sentiréis el rumor del viento y el sonido del agua y el retumbar del trueno, dejando en vuestro espíritu una gran vaguedad de sentimiento, y será suficiente con que un niño pequeño que se hace oír sólo de muy cerca diga suavemente: Madre, para que ¡oh, maravilla! todo el mundo espiritual vibre vivamente en el fondo de vuestras entrañas? Un sutil movimiento del aire os hace presente la inmensa variedad del mundo y alza en vosotros el fuerte presentimiento del infinito desconocido.

¡Oh! ¡qué cosa más sagrada! Dice San Juan: «En el principio era la palabra, y la palabra estaba en Dios»; y dice que por ella fueron hechas todas las cosas, y que la palabra se hizo carne y habitó en nosotros. ¡Que abismo de luz, Dios mío!

¡Con qué santo temor, pues, no deberíamos de hablar! Habiendo en la palabra todo el misterio y toda la luz del mundo, deberíamos ha-

blar como encantados, como deslumbrados. Porque no hay palabra por ínfima cosa que nos represente, que no haya nacido en una luz de inspiración, que no refleje algo de la luz infinita que engendró al mundo. ¿Cómo podremos hablar friamente y con tanta abundancia? Por esto escuchamos unos á otros comunmente con tanta indiferencia: porque el hábito del demasiado hablar y del demasiado sentir, nos perturba el sentimiento de la santidad de la palabra. Deberíamos hablar mucho menos y sólo por un fuerte anhelo de expresión: cuando el espíritu se estremezca de plenitud y las palabras florezcan como en primavera; una á una, y no en todas las ramas, sino como á suerte de una rama. Cuando una rama no puede ya más, de la primavera que tiene adentro, entre las hojas abundantes brota una flor como expresión maravillosa. ¿No véis en la plenitud de las plantas la admiración de haber florecido? Así nosotros cuando brota de nuestros labios la palabra verdadera.

¿No habéis escuchado nunca á los enamorados como se hablan? Parecen hechizados sin saber lo que dicen. Hablan entrecortado, entre la luz abundante de las miradas y la plenitud del pecho palpitante. Y así sus palabras son como flores. Porque antes de que amor hable, ¡qué hervor de vida en todas las ramas del sentido! ¡qué de querer significar, los ojos... y cuando se cruzan las ardientes miradas, qué silencio! ¿No os habéis encontrado nunca en un bosque muy grande, con aquella quietud llena de vida que parece una oración de toda la tierra? Pues así adoran las almas de los enamorados en el brillo silencioso de las miradas. Y sale por fin una música animada: ¡oh maravilla!, una palabra. ¿Cuál? cualquiera; pero como que trae toda el alma del terrible silencio que la ha sacado á luz, sea cual sea, probad de espiar el sentido; en vano, no llegaréis nunca al fondo, y os espantaréis del infinito que lleva en las entrañas. Así hablan también los poetas. Son los enamorados de todo lo del mundo, y también miran y se estremecen mucho antes de hablar. Todo lo miran encantados y después se ponen febriles y cierran los ojos y hablan en la fiebre: entonces dicen alguna palabra creadora y, semejantes á Dios en el primer día del Génesis, del caos hacen salir la luz.

Y así la palabra del poeta sale con ritmo de sonido y de luz, con el ritmo único de la belleza creadora; este es el encanto divino del verso, verdadero lenguaje del hombre.

Dice Emerson: «No ha creado Dios las cosas bellas, sino que la belleza es la creadora del Universo». Y así parece que Dios crea en la palabra suspirada del poeta.

Mas olvidados con frecuencia de la divinidad del mundo y por aparentes necesidades de lo contingente, menospreciamos el poeta grande ó pequeño que hay en cada uno de nosotros, y hablamos interminablemente sin inspiración, sin ritmo, sin luz, sin música, y nuestras palabras se escurren insignificantes y fatigosas, como planta que se disipa en hojas innumerables ignorando la maravilla de las flores que trae inexpresadas en su seno.

Y vosotros mismos, que sois renombrados sobre todos los poetas ¿cuándo será que entraréis profundamente en vuestras almas para no sentir otra cosa que el ritmo divino de ellas al vibrar en el amor de las cosas de la tierra? ¿cuándo será que menospreciaréis todo otro ritmo y no hablaréis sino en palabras vivas? Entonces seréis escuchados en el encanto del sentido, y vuestras palabras misteriosas buscarán la vida verdadera, y seréis unos mágicos prodigiosos.

Que yo he visto que cuando habláis olvidados del ritmo vacío de vuestra vanidad corruptora

y en toda la humildad de vuestra alma inspirada, yo he visto á la gente que antes distraídamente os escuchaba, iluminarse de ojos, inflamarse de rostro, alentar con las bocas más que usualmente abiertas y sonreír beatamente entre lágrimas, rindiendo el cuerpo para ver su espíritu transportado á la divina esfera. He visto mirarse unos á otros maravillados y dichosos de verse juntos, redimidos de toda contingencia por el encanto, que les era desconocido, de la absoluta palabra; y repetírsela balbuciendo con voz entrecortada unos á otros y á los de más allá que no la oían; y de lejos y más lejos todos los ojos irse volviendo iluminados hacia el poeta que hablaba en la humildad de la fiebre creadora: y en todos los ojos una gratitud amorosa como de criatura á su creador.

Pero ahora, malaventurados, á cada paso, encima de un grano de inspiración sagrada, queréis levantar edificios de razón vanidosa hinchando ridículamente vuestros ritmos para llenarlos de las palabras que nadan muertas en la superficie de las cosas: y la gente se cansa de oír hablar vanamente con música inanimada y os tienen por entretenidos maniáticos, y lo sois. Habiais encontrado una palabra para dar luz á todo el mundo, y vuestro bajo prurito por una superficial perfección y grandeza la ha rodeado de un nebuloso enjambre de palabras sin vida que han ofuscado aquella divina luz devolviéndola á la confusión y á las tinieblas.

Aprended á hablar del pueblo: no del pueblo vanidoso que os agrupáis alrededor con vuestras palabras vanas, sino del que se hace en la sencillez de la vida delante de Dios sólo. Aprended de los pastores y de los marineros.

¡Cuánto contemplar unos y otros en silencio la majestad del mundo allí donde el espíritu palpita con ritmo libre y grande! ¡Cuánta inmensidad han reflejado en los ojos, cuánta belleza de cielos azules y de prados verdes y de mares mudando á cada paso de color, como el rostro de una virgen, y de lunas y soles, y de nieblas grises, y turbias lluvias! ¡Cuánto viento han sentido sus oídos y cuántas rítmicas oleadas, y los truenos que se acercan y se alejan, y el mugir de los buyes y gritos misteriosos en el espacio! ¡cuánto olor de agua salada y hierba fresca, y como sus sentidos han sido amorosamente tocados por todas las cosas puras! Sus facciones están de ellas llenas de encantamiento, y hablan raramente, pero cuando hablan, sus palabras son llenas de sentido.

Recuerdo un día por nuestro Pirineo en pleno mediodía, que avanzábamos extraviados por las altas soledades: en el desierto de piedra ondulante habíamos errado todo camino, y en vano interrogábamos con ojo inquieto la muda inmensidad de las montañas inmóviles. Sólo el viento cantaba con interminable grito. De repente, en el grito del viento percibimos un esquilon invisible; y nuestros ojos azorados, poco acostumbrados á aquellas grandezas, tardaron mucho en vislumbrar una yeguada que en un valle de raso verdor pacía. Esperanzados nos encaminamos hasta encontrar el pastor echado al lado del puchero que el zagal, de rodillas en tierra, atentamente vigilaba. Preguntamos el camino, y el hombre, que era como de piedra entornó los ojos en su rostro extático, alzó lentamente el brazo señalando un vago atajo, y movió los labios. En la atronadora borrasca del viento que engullía toda voz, flotaban sólo dos palabras, que el pastor repetía tozudamente: «aquella canal»... y señalaba hacia allá, vagamente arriba de las montañas, «aquella canal» ¡cuán bellas eran las dos palabras entre el viento gravemente dichas! ¡cuán llenas de sentido, de poesía! La canal era el camino, la canal por donde se escurrían las aguas de las

nieves fundidas. Y era, no cualquiera, sino aquella canal: aquella que él conocía bien entre las demás por su fisonomía cierta y propia: era alguna cosa aquella canal, tenía un alma; era «aquella canal». ¿Véis? Para mi esto es hablar.

Recuerdo una noche á la otra parte del Pirineo, en «*aquelhes mountines que tan hautes sont*», en que salió de la oscuridad una niña que pedía limosna con voz de hada. Pedíle que me dijese alguna cosa en su lengua propia. Y ella, toda admirada, señaló al cielo estrellado, é hizo solamente: «*Lis esteles*», y me pareció que también esto era hablar.

Recuerdo más recientemente un atardecer en una punta de la costa cantábrica donde los ponientes son bellos. La gente venía á ver ponerse el sol en el mar. Venían hablando, pero al ser allí, todos callaban ante el mar que mudaba de colores. Vinieron dos hombres de mar silenciosos y se plantaron delante de la cosa inmensa: y por largo rato uno al lado de otro callaron. Después uno, sin moverse ni volverse al compañero le dijo: «*Mira*». Y todos los que esto oyeron miraron adelante viendo cada uno su maravilla propia. También aquello era hablar, y lo que no es así: palabras vacías.

«*Aquella canal*»... «*Lis esteles*»... «*Mira*»... Palabras que llevan un canto en las entrañas, porque nacen en la palpación rítmica del Universo. Sólo el pueblo inocente puede decirles, y los poetas repetirles con inocencia más intensa y mayor canto: con luz más reveladora, porque el poeta es el hombre más inocente y más sabio de la tierra.

Y cuando los poetas lo sepan, enseñémoslo este lenguaje sublime y hacernos olvidar todo otro lenguaje después de haberlo olvidado ellos mismos, entonces vendrá su reinado y todos hablaremos encantados por la música creadora. Todos hablaremos medio cantando con voz salida de la tierra de cada uno, menospreciando el artificio de lenguas convencionales, y cada uno se entenderá no más que con quien se haya de entender; pero cuando hable del fondo del alma con amor se hará entender de todos aquellos que en encantamiento de amor le escuchen: porque en amor sucede esto, que medio entender una palabra es entenderla más que entenderla del todo; y no hay otro lenguaje universal que este.

Porque, ¿qué quiere decir lenguaje universal sino expresión y comunicación del alma universal? Y si el alma universal es la belleza amorosa que transpira por toda la creación y en cada tierra habla por boca de los hombres que la tierra misma se ha hecho en su amoroso esfuerzo, la única expresión universal será, pues, aquella tan variada como la variedad misma de las tierras y sus gentes.

Y por ella los hombres se entenderán sólo en la armonía natural producida por el verbo amoroso de la belleza creadora, pero en ella se entenderán de veras, en voz y en espíritu: mientras que ahora la mutua inteligencia de superficiales palabras aprendidas lejos del amor y de la belleza, es un entenderse sin entenderse: piensan los hombres que se entienden y no se entienden, y menos se entienden cuanto más piensen entenderse.

Que si ponéis en conversación dos hombres de diferente linaje y hablando cada uno en la lengua propia, podría muy bien ser que no entendiéndose en las cosas más superficiales, pudiesen, empero, si con amor llegasen á hablarse del fondo de sus almas, encontrar en la música ideal de las voces apasionadas un sonido de armonía, una palabra, en la cual vibrarán todos por igual: era la única en que habían de entenderse; y el alma universal se ha manifestado á los dos por igual en aquel co-

mún resplandor; en aquello sólo se habrán entendido, pero ¡qué entenderse!

Pero si aquellos dos hombres se hablan en una misma lengua, ya sea porque el uno haya aprendido la del otro, ya los dos una tercera, ajena, acaso se entiendan muy bien en las cosas más vanas, pero allí donde empiece á palpar hondamente la vida, allí dejarán de entenderse; porque cada tierra comunica á las más substanciales palabras de sus hombres un sentido sentimental que no hay diccionario que lo explique ni gramática que lo enseñe. Y así aquellos dos hombres dirán una misma palabra que sonará igual por fuera y creerán haberse entendido; pero en el fondo de las almas el cántico no será igual.

Y no es la armonía de fuera la deseable, sino la de dentro, que no es por el sonido de las palabras que todos los hombres somos hermanos, sino por el espíritu único que las hace brotar diferentes en la variedad misteriosa de la tierra.

Y aquel espíritu hay que ir á buscarlo al través de esta variedad misteriosa, tratando la palabra como cosa sagrada, inviolable, hablando cada uno con santo amor la lengua inocente del pueblo en que Dios la ha puesto, dándole en ella su verbo creador; hablando sólo en plenitud de sentido y pureza de expresión, ahorrando temerosamente el sacrilegio de la palabra artificiosa ó grosera.

He aquí, pues, como al predicar nosotros la exaltación de las lenguas populares, no otra cosa predicamos que el puro imperio del verbo creador, la infinita transformación de la tierra al cielo, que es el más profundo anhelo del verdadero progreso humano. Y así, cuando nuestra predicación sea motejada de rebelde, estéril ó regresiva, nosotros podemos sonreír á nuestros enemigos con firmeza serena, y seguir adelante predicando la ley del verbo, que es la ley del mundo. Porque siendo el mundo creado por el verbo, ¿quién sino el verbo, ha de dirigirlo hacia el cielo? y si el verbo que llenaba la creación se manifiesta á través de la tierra por la palabra del hombre, que es la sublime expresión de cada tierra, ¿qué otra distribución de las tierras puede ser deseada, sino es aquella señalada por la vida espontánea de los lenguajes?

Mirad, pues, cuán santa es nuestra causa. Y si ahora consideramos como tiene su raíz en el divino misterio del ser y del llegar á ser, y como es de esta manera superior á toda otra política convencional y á todo accidente histórico, nos sentiremos poseídos de un amor y de un temor en defenderla, que comunicarán á nuestra lucha una grandeza y una nobleza purificadora de todo egoísmo y rencor, y menospreciadora de toda mezquindad propia ó ajena.

Tengamos bien presente que no somos unos sublevados llevando una bandera contra otra bandera, sino unos apóstoles inflamados de luz divina, que avanzaremos para esclarecer las tinieblas con el fuego en que somos consumidos: que nuestra causa no es sólo la causa de una nacionalidad, no es un pleito de estados ó una reyerta de familias, sino un ideal humano arraigado en el amor divino que anima bellamente al mundo.

Un tan alto ideal en ninguna parte puede ser profesado con tanta integridad y con más pureza á la vez que esta casa. Porque en otros lugares nos juntamos para una ú otra acción de la vida en las cuales la palabra sirve para fines particulares; pero aquí la palabra lo es todo: es nuestra acción, nuestro medio y nuestro fin.

Miremos con qué disposición solemos acudir á esta casa; cada uno libertándose de lo dema-

siado concreto y material de su oficio, para tener aquí la flor espiritual y buscar la de los otros jardines.

Que en otros lugares, hablen entre ellos de medicina los médicos, y de leyes los abogados, y de sus fórmulas y aplicaciones los politécnicos, y de sus trabajos los que remueven fecundamente la tierra ó hacen rodar las máquinas de la producción y esparcen la riqueza. Pero aquí el comerciante busca á veces la palabra del poeta, y el artista escucha al ingeniero, y el médico se deleita en literarias lecturas, y el abogado, y el agricultor, y todos, unos con otros se encuentran y se entienden en la región serena de la palabra sin otro fin que el enriquecerse el espíritu con el cambio de ella, sin otra trascendencia que el gozo fecundo de esta obra mutuamente creadora.

En esta región, pues, la palabra puede vibrar bien llena porque se mueve á todos los vientos del espíritu; puede brotar bien pura porque nace altamente por encima de todos los intereses de lo contingente. Aquí podemos hablar ya con algo de aquel hechizo con que hablan los enamorados, y los poetas, y el pueblo inocente, y todos cuantos sienten la bella palpación del verbo en el fondo de la creación: que hablan poco y con plenitud y pureza; y esto transportarlo á todos los modos en que aquí la palabra se manifiesta.

Y así me pareció sentir los discursos ideales que en este lugar podrían decirse: que no hablásemos nunca por vanidad ú otro interés, mas que un fuerte anhelo de decir algo de que el alma está llena y quiere dar con amor, generosamente. Me parece sentir nuestras discusiones ajenas á toda habilidad y á toda pasión perturbadora, nobles y serenas como platónicos diálogos. Me parece asistir á lecciones amorosamente dadas y ávidamente aprendidas, y á lecturas de aquellas en que los más jóvenes se inician con fervor en el gran anhelo del espíritu humano, y los viejos se mantienen siempre jóvenes. Me parece, sobre todo, oír nuestras conversaciones, que es en lo que yo tengo más fe, y las siento libertadas de murmuración y de bajas risas y de palabras groseras, que resumen toda comunicación de ideas y sentimientos nobles con la ciencia de la inspiración del momento, de la espontaneidad del trato íntimo y de la variedad de espíritus acopilados por el azar y la simpatía.

Yo tengo fe sobre todo en la conversación, porque es el modo más natural de comunicación verbal y contiene en germen todos los demás. Hay en ella una penetración más fuerte de los espíritus que se ponderan y equilibran. Que cuando uno de los que hablan tiene que decir más que los otros sobre una cosa, brota

naturalmente el discurso sin la afectación del discurso espectáculo, en el que, entre el que habla y los que escuchan, se abre como un valle aislador; que cuando en la conversación uno es movido á explicar á los otros lo que más sabe, y los otros callan ó bien interrogan, á fin de aprender, vuélvese lección provechosa cuanto más espontáneamente solicitada, é inolvidable por lo viva; que en la conversación son fecundadas muchas pasadas lecturas y nos estimula á otras nuevas; que la discusión es menos empacada que en público, menos tocada de amor propio y más luminosa y templada por las varias salidas de uno y de otro; que en la conversación, por fin, cuando es dignamente usada, la palabra vuela libre y graciosa con toda la fuerza de su órgano y toda la majestad de su contenido divino.

Y sinó, mirad el que fué el Verbo encarnado cómo predicó la ley divina conversando sobre los hechos vivos que en su camino se le aparecían; así dió la divina enseñanza, y todo el Evangelio es un sublime tejido de conversaciones, de donde, con espontaneidad santa, brotan discursos, lecciones y discusiones llenas de aquella luz tan viva. Así el verbo creador más naturalmente se manifiesta y actúa.

¡Ay amigos míos! Hagamos, pues, aquí, un templo á la palabra, que con su maravillosa fuerza á todo trascenderá. Adoremos al Verbo con el anhelo del imperio de su luz, y esta adoración toda sola tendrá fuerza suficiente para transformar el mundo, para crear el mundo según el Verbo, que es aquel según nuestros deseos. Bien estará esto, mejor que hacer política; bien será más que para cultivar esta ó aquella ciencia; bien será más que para procurar riqueza ó exteriores justicias sociales; será en todas estas cosas y en las demás, influir la potencia creadora del Verbo que irá haciéndolas á su imagen y semejanza espiritual.

Y ahora, adiós, demasiado hablé. Quisiera, ya que para hablaros en este acto me escogisteis, no haberos dicho más que palabras vivas como dándoos ejemplo para todo el año. Pero harto conozco haber dicho muchas cosas vanas; aprovechad el haberlas escuchado con paciencia para rechazar en adelante las semejantes, y así, aunque por contraste, os habré dado algún buen ejemplo. Y si alguna palabra viva habéis oído (que yo no sé si alguna habré puesto, porque, escribiendo este discurso, más de una vez, una fiebre de deliquio me ha hecho temblar el pulso y mis ojos se han enturbiado), si habéis oído una palabra viva, una sola, entonces, feliz yo, felices vosotros. Adiós.

Elogio de la poesía

Del teatro

Así como hemos dicho que el pueblo era un estado colectivo del espíritu humano, así mismo digo ahora que la multitud ó gente congregada con un objeto (público, turba, etc.), es un estado del pueblo y ciertamente un estado inferior de humanidad; y así como en aquel estado colectivo puramente espiritual he dicho que

correspondía el arte popular mas depurado, á este estado de congregación corpórea con su aliento de bestialidad y sus impulsos también de rebafío, corresponde un estado del arte proporcionalmente primitivo y rudimentario, animado por el interés de la acción, que es también lo rudimentario de la vida (el esfuerzo en sí) y por lo tanto, lo mas proporcionado al sentido confuso de la masa. Este arte primitivo que vive de la acción, es el teatro.

Me parece muy errado considerar el teatro como un resumen superior y cumbre ideal donde las artes se funden sublimadas. Yo creo que

* Elogio de la poesía.—Publicació de Revista Catalana.—Barcelona, 1909. (Traducción de L. C.)

muy al contrario, el teatro es el arte antes de las artes, núcleo primitivo de donde ellas, elevándose, empiezan á divergir. Que así como de la acción, del esfuerzo rudimentario, que es lo que más interesa al estado inferior humano de multitud, se eleva el espíritu del hombre, individualizándose á los refinamientos sentimentales y á las serenidades ideales, así mismo del arte aun coáctico del teatro se van levantando, especificando y divergiendo las artes, para conquistar cada una en su libertad su propio reino en las alturas.

Contemplad, por ejemplo, el mar en calma. El mar es siempre un movimiento, un principio de acción, y por eso el contemplarlo es mas generalmente interesante que la de la inquietud de las montañas; y aun las montañas son como un recuerdo, como una inmóvil imagen de un gran esfuerzo que fué; y por eso su vista es mas generalmente interesante que la de una inmensa llanura. Pero el mar lo es mas que las montañas, porque es un movimiento presente, actual, una lucha siempre pendiente. Pero en su estado normal esta lucha, por la ley misma de la permanencia, no interesa aun fuertemente como acción, porque le falta expectativa.

Mas, he aquí, que el cielo se oscurece, el viento asusta, el mar se remueve, las olas se agitan y mugen furiosas en la costa: es la tempestad. Delante de ella el interés se aviva y se generaliza, la espectación es solicitada por una acción intensa, pero esta acción aun no es bien llena, porque aun no es humana.

Pero de pronto se siente un grito:—¡Las barcas!— Vedlas allí en el confín del mar saltando encima las olas, luchando hacia la playa. Todo el pueblo acude á ellas: otras barcas se aparejan para socorrerlas, con cuerdas, vigas, tablones y corchos: los hombres corren, las mujeres lloran, se exclaman alzando los brazos al cielo, con los cabellos y los vestidos voleando al viento. ¡Ay pobres, pobres pescadores!

Comienza el interés vivo de la acción humana; no el puro interés por la forma, que es lo artístico, sino por la forma animada de una acción externa. De esto pide representación el sentido artístico interior de la multitud, que no es bastante fino para interesarse de la forma pura, y de esta demanda nace un arte confuso, complejo, que reclama muchos elementos: un arte muy fácil y muy difícil: fácil en impresionar por la gran masa de vida, difícil en espiritualizar tanta fuerza; es preciosamente fuerte y grosero, de brocha gorda. Al poeta, al músico, al pintor puros, les sobra emoción primitiva y les falta la artística, porque queda ahogada. A cada uno de por sí le faltan propios elementos artísticos; estos van acarcándose confusamente en su rudimiento común, en la oscuridad de las regiones inferiores en sus infiernos; allí nace el teatro, mas, cerca del caos, como el estado de vida que quiere representar.

Delante de esta representación, el telón se levanta: y es preciso que la acción se concrete más, que se haga urgente. Una madre alza el grito hacia el mar. Hijo mío!... Una joven la abraza llorando, su amor por el marinero es descubierto á los ojos de todos; pero esta niña era prometida á otro que dolorosamente se apercebe, y desea que el naufrago no llegue vivo á la costa; pero los compañeros le instan para que ayude al salvamento; él duda, se desespera, la misma niña implora arrodillada... qué hará?...

El público en masa está atento á lo que pasa; no pide refinamientos al poeta, al músico, al pintor, quiere que un artista mas fuerte y primitivo, dominándolos á todos, mueva infantilmente las figuras con gritos humanos en medio de una escenografía toscamente expresiva, en un ambiente musical de gruesa pasión rui-

dosa; y se entrega á merced del teatrante; pero el teatrante se entrega también á merced del público; no á merced de cada espectador ni del gusto de poesía, música, ó plástica, sino del público, del alma en masa que prevalece en todos ellos, del interés humano inferior de masa humana.

Haced, sino, la prueba: descomponed la masa, vaciad el teatro dejando solamente uno ó dos espectadores, y representad para ellos solos la mejor obra teatral: el interés caerá seguidamente, los actores mismos sentirán el vacío de la masa, perderán el calor, se desconcertarán, y la mejor obra quedará en ficción grosera, fría, hasta ridícula. Pero volved á llenar la sala de gente y con la reaparición del gran público, el drama recobrará todo su imperio, volverá á ser el reinado de la acción, el arte grosero y sublime del hecho, el teatro.

Así al poeta, al pintor, al músico, puros, solo les puede convenir descomponer el drama, llevándose cada cual la parte que más le convenga para rehacerla y sublimarla en su especial inspiración. El poeta dirá, como nunca el dramaturgo, el secreto amor de la doncella: el músico, hará de la tempestad (del mar ó del corazón) un ritmo más poderoso por sí: el pintor dará el encanto de los colores ó el momento expresivo de las figuras: cada una de estas artes arrancará de allí su salto hacia la altura; mas para levantarse hasta el cielo habrán de romper las paredes y el techo, deberán destruir el teatro; y entonces, el público disperso, libertado cada espectador de su estado inferior de masa, recobrada la individualidad íntegra á solas, podrá alzarse también con el artista puro, al gozo mas espiritual de la lírica ó la plástica puras.

Pero, no obstante, es preciso no olvidar que el teatro, con ser rudimentario, es arte, y como á tal, una representación, no una mera presentación de la vida. Porque una *corrida de toros*, una lucha atlética, son también acciones humanas dadas en espectáculo, presentadas; y el interés del público está allí bien vivo, demasiado directamente vivo, y por esto no es artístico; porque no hay *representación*, y por lo tanto, tales espectáculos *en sí*, no son arte.

Tal fué el error del teatro naturalista del último del siglo XIX. Tomemos un trozo del natural, en la calle, en el salón en el campo—dijeron aquellos autores—y démoslo al público fielmente en escenario, accesorios, figuras y palabras.

No les salió bien; porque el arte, sea como sea, no es la naturaleza misma, sino su condensación al través del hombre: el interés del público por la acción en el teatro no es el mismo interés de la multitud por la acción, en la plaza. Es el mismo y no lo es: es una transubstanciación. Un diálogo de salón; en el teatro resultaría difuso, insignificante; pero viene el dramaturgo, lo condensa, lo ciñe, lo hace mas corto y más fuerte, lo dramatiza: y el público vive en un minuto muchas horas del salón.

Y quien dice el diálogo, dice los hechos, la escena, los accesorios. El público no quiere demasiada exactitud; quiere el alma de la exactitud en acción, y con algo dejado á su imaginación, como los niños cuando juegan, porque su esfuerzo les ayuda á penetrar en el alma de las cosas. Y como todo arte, el teatro es en el fondo un juego místico, y el público es un niño que se encanta. Así, es, que es en vano que les presentéis una lluvia de agua en las tablas; será en vano, y más que vano, contraproducente. No; en las tablas no ha de llover como al aire libre. Dadnos unas oscuridad y un artificioso rumor, y será para nosotros el diluvio. Y no nos déis tampoco el aire libre detrás del telón, sino un aire pintado é iluminado con candelas,

y lo respiraremos mas puro que en las montañas.

Acción humana, representación artística; comprendio primario de vida y arte para el alma primaria de las multitudes, esto es el teatro.

La danza

Sí, ahora me parece que el primer impulso de expansión artística del primer hombre debió ser la danza; que en su primera percepción de la belleza del mundo (de Dios en la forma de las cosas) sintió el hombre agitarse dentro de sí todo el misterio de la vida, y no pudiendo contenerlo inmóvil—por sentir que la vida es movimiento—quiso representarlo humanamente, humanizarlo, hacerlo arte, y levantó la cabeza, abrió los brazos, movió los piés, y todo el cuerpo en la cadencia del ritmo que sentía, y danzó y cantó en palabras la alegría de aquella revelación primaria; y fué la primera música y la primera poesía y la primera estatua y pintura, y el nacimiento de toda forma artística. Mirad como hasta la multitud se dignifica cuando es sometida al ritmo de la danza, y de coáctica se vuelve grandiosamente humana.

Así, pues, la mujer danzando es el compendio de la creación; porque en ella se representa el esfuerzo divino con su ritmo, la forma reveladora del supremo grado espiritual que la tierra ha logrado humanizándose, y el amor que lo perpetúa para llevarlo mas allá y mas allá siempre...

Así en la danza encontramos el principio y el fin de todas las artes: desde la danza aun caótica de las olas de la mar y de toda multitud primitiva, hasta aquella última y más pura que podemos imaginar y sentimos palpar en el fondo de nuestros amores, de la Única atrayendo todavía al Único y llevándose á fundirse los dos en la cima de la belleza inmortal...

De las reales jornadas *

Día 6 de abril de 1907

Al salir á la calle encontré un bello aire de fiesta: colgaduras en los balcones, luciendo al sol y tremolando al viento, músicas militares cerca y lejos, soldados que pasan en ringleras marcando un fuerte ritmo en medio de las masas de gente; la gente á raudales; y en todos todos los ojos la idea fija: «Vamos á ver al Rey». Vaya, la gente está poseida...

Oyese un cañonazo, resuena un gran suspiro de gozo: la gente se arremolina aquí ó allá de la plaza grandiosa, hasta formar dos grandes murallas á cada parte, dejando en medio la vía desierta, desnuda al sol, que espera... Oyense lejanos toques de corneta, otra responde con chillido mas cercano y otra estridente rasga el aire: la gente se apiña fuertemente, silenciosa, todas las cabezas vueltas hacia una sola dirección; todos se inclinan, los cuellos se alargan... siéntese un tumulto lejano, y en lo alto de las casas se empieza á ver una blanca agitación de pañuelos voleando frenéticamente como un fleco que se va extendiendo, acercándose; y por la faja desierta avanza un grupo figuritas de colores á caballo, poco á poco; y con ellas avanza un fuerte estrépito de gritos, de aplausos...

* De las reales jornadas.—Folleto. «L'Aveng». —Barcelona, 1907.

—¡Es aquél!...—El de enmedio...—El que se inclina...—Yo no lo veo...—Sí... aquél... el del ros...—Ves?... Hace así con la mano...—Y una oleada de gritos y palmas y de músicas, pasa rápida con aquella figurita; las mujeres lloran alzando á sus chiquillos para que vean, y los hombres que no quieren desahogarse gritando, sienten latir fuertemente sus sienes, y callan... El Rey!

Enfrente de este gran sentimiento colectivo, secular, quisimos crear aprisa otro, pero no cuajó.

En vano recordamos á nuestra gente las continuas decepciones de Cataluña ante el poder central; porque el poder central no es sinó una abstracción; con abstracciones se pueden generar ideas, pero los sentimientos solo obedecen á cosas vivas; y el Rey era una cosa viva. En vano hicimos presentes los males actuales de Cataluña como consecuencia de aquellas decepciones; porque los males actuales cada uno se los encuentra en su casa, pero no son aún lo bastante grandes para determinar un estado de ánimo colectivo; y el sentimiento real tiene raíces seculares en la colectividad. En vano dijimos que, después de las decepciones y de las malas consecuencias que ya tocábamos, nada había que esperar del acatamiento que ahora hiciésemos; porque la esperanza es tenaz en el corazón de los hombres, y cuesta mucho perder la fé en la providencia del Poder.

Por esto nuestra predicación fué vana; ciertamente habría satisfecho á los ojos de un catalanismo ideal una recepción correcta, pero bien fría: colgaduras en los balcones bien contados de los dinásticos centralistas; la gente en sus casas, ocupada en sus quehaceres, sacando afuera la cabeza un momento al paso de la comitiva, compuesta puramente del elemento oficial, y por lo tanto, incolora, triste haciendo su curso en medio de un silencio helado, y después, nada de convites al Rey, nada de ofrecimientos de los cuerpos activos sociales, nada de representaciones ni mensajes: ya se lo habíamos dicho todo; no se nos había hecho caso; pues, dejarlo como de quien nada se espera, dejarlo, con sus ministros y sus generales y sus empleados visitando cuarteles y edificios públicos, poniendo primeras piedras á monumentos insignificantes, recibiendo y devolviendo discursos de formulario oficial, y regresando sin haber oído ni un silbido ni haber visto una carrera, pero también sin haber encontrado en ninguna parte el calor de nuestra actividad, ni la espontaneidad de nuestro corazón ni una señal de nuestro pensamiento: marchándose sin haber visto de Cataluña más que la superficie, sin saber más.

Oh! Sí: una recepción helada como se lee en la historia, en los libros, de cuando los pueblos han querido hacer sentir á los Reyes su agravio, era agradable cosa para nuestros idealistas, y hasta resultaba muy catalana, muy acorde con nuestra seriedad leyendaria, á nuestro genio enjuto que se hace respetar tanto.

Pero, nada de esto ha resultado: porque cuando á un pueblo se le pone delante la encarnación del poder que le rige, el pueblo, que siente la trascendencia del contacto, no puede quedar indiferente; solo puede mostrarse indiferente siendo hostil; no es nunca estable, sinó inestable, el equilibrio de una cosa tan viva como el sentimiento popular; su indiferencia solo puede ser una forma de hostilidad hacia el Rey, y no sintiendo hostilidad, el prestigio secular real no ha hallado contrapeso en el sentimiento del pueblo y no encontrando contrapeso, no se ha podido producir aquel equilibrio inestable de la indiferencia, y el sentimiento popular se ha inclinado hacia el Rey.

Al pueblo no le pidáis nunca actitudes negativas delante de una afirmación, sino tenéis otra afirmación de naturaleza semejante para oponer á aquélla; delante de un Rey de carne y huesos que venga, un ídolo de carne y huesos que se levante; delante de un hombre, otro hombre; delante de un hecho, otro hecho. Si no tenéis el hombre, si no tenéis el hecho, dejadlo al pueblo: dejad obrar la espontaneidad de su sentimiento y dentro de ella tomad la situación que mas os convenga; porque lo que es con declamaciones abstractas, jamás, jamás podréis dominarla...

Hé aquí el balance de hoy: desentendiéndose de nuestra predicación, el pueblo se ha incli-

nado hacia el Rey en la medida justa de su entendimiento: las mujeres se han enternecido, las criaturas han disfrutado, la juventud se ha desahogado en alegría; y de los hombres hechos, unos han atacado, otros han sonreído en el aire de la fiesta, y solo se han sentido ofendidos por este aire los poseídos de sentimientos personales contrarios á él, solo éstos han tenido fuerza para disputar amargamente con los demás. Pero nadie ha turbado el equilibrio sentimental, nadie ha podido quedar indiferente: lo que queríamos lograr de todos, no lo hemos sabido lograr ni siquiera de nosotros mismos.

Una página inédita

* Mensaje de las Corporaciones Barcelonesas al Rey D. Alfonso XIII

SEÑOR:

Ved aquí á algunos de vuestros pueblos que vienen á hablaros de cosas suyas muy entrañables. Antes que lanzadas á la disputa política quieren estas cosas ser habladas en alto coloquio de pueblo á Rey, para que así vestidas con la serenidad de vuestra altura, lleven algo de majestad á la lucha en que han de ser contrastadas.

Habéis de saber, SEÑOR, que no todos vuestros pueblos hablan por naturaleza una misma lengua. Además de la numerosa familia castellana, hay los vascos, cuyo lenguaje es quebrado como su suelo y armonioso como las borrascas del mar Cantábrico; hay los gallegos, cuyo asiento dulcemente oscuro parece balbucear remotos recuerdos y vagas esperanzas; hay los catalanes que hablan una lengua clara como el mar en que Cataluña se mira hermanada con Provenza, Italia y la divina Grecia, y que ricamente matizada, es también la de los valencianos, y un poco mar adentro, la de los baleares; hay, en fin, todavía otros modos de lenguaje menos conocidos y por ello más hermosos y más queridos de sus naturales en tantas ondulaciones de las playas y tantos repliegues de las sierras del accidentado suelo español.

Ciertamente, SEÑOR, que mucho de esto os es ya conocido: entre los vascos habéis vivido, hasta los astures habéis llegado, y á la lengua catalana mostrásteis vuestro Real aprecio, en la persona de su gran poeta moribundo. Pero ¡es tan dulce y hasta diremos tan necesario á los pueblos hablar directamente con sus Reyes de los que más tienen en su alma, sobre todo en los albores de un reinado cuando el joven Rey está sediento de su pueblo, y el pueblo de prosperidad y justicia nuevas!

Cierto también que para tales efusiones suelen ser escogidas alegres solemnidades y fechas que quedan para siempre faustas. Mas á nosotros no nos ha sido dado el escogerlas, pues se ha querido mostráronos ya de pronto como desconocedor de todas aquellas cosas, y en nombre vuestro se ha inferido á ellas un agravio y se ha despertado una alarma.

Una disposición puesta recientemente á la Real firma por uno de vuestros ministros responsables y que, al afectar la enseñanza

religiosa afectaba lo más hondo y sagrado de la conciencia individual y social, nos hirió no sólo como un agravio á la lengua que Dios nos dió para que por ella le conociésemos y alabásemos, sinó como una reincidencia en antiguas prácticas igualmente lesivas y una amenaza de que ya nada hay seguro en el modo natural de ser de vuestros reinos.

En una lengua que, aunque se llama la española, no es la de todos los españoles, se da á tantos que no le es propia una enseñanza que necesariamente ha de quedar superficial é inactiva ya desde sus comienzos, pues resbala como una música sobre los sentidos sin ser asimilada por los espíritus infantiles ó no bastante cultos.

En esta misma lengua se administra justicia en nombre vuestro á tantos súbditos que mal ó nada la conocen; el juez y la parte no se entienden muchas veces sino por medio de intérprete: y ¿qué modo de entenderse es este en cosas en que anda por medio la santidad de la justicia? El testigo ha de ratificarse en una declaración que le lean sin que pueda comprenderla; el acusado escucha en vano la acusación y la defensa; el magistrado ha de abandonar su criterio á una traducción, bien ó mal intencionada, pero nunca absolutamente para de los mayores elementos de prueba, y los jurados están expuestos á cada momento á que su criterio vaya arrebatado por la corriente meramente musical de los párrafos forenses. Así se administra entre nosotros la justicia en nombre vuestro.

La suprema expresión de la voluntad del individuo, el testamento, se escribe en lengua castellana; y ¿cómo puede el testador, que la ignora ó no la comprende bien, apreciar si su voluntad ha sido bien interpretada en un documento en que una simple construcción gramatical y hasta el matiz de una palabra puede alterar ó oscurecer el sentido y torcer, por tanto, ó convertir en causa de desunión de la familia aquel último intento en el que vá el reposo santo de la vida y de la muerte?

Las oficinas de vuestra administración están servidas por Agentes que generalmente sólo hablan y entienden la lengua castellana. Y así veríais, SEÑOR, los fuertes payeses, que hacen fecundos nuestros campos, principal riqueza del Estado, los activos industriales que realizan en nuestras ciudades el progreso y la prosperidad material, los pobres obreros cuanto más humildes más necesitados de consideración, temblar como culpables ante el último ofi-

* Aunque no lleva la firma del Maestro el documento que nos complacemos en publicar debidamente autorizados, el esplendor de la prosa revela enseguida la ilustre pluma á la cual fué encargada su redacción.

cial de la oficina que, exasperado por la mutua ininteligencia, no puede atender debidamente su demanda y acaba por atropellar tal vez su derecho. Y sin embargo, SEÑOR, ¿es puesto el empleado para el ciudadano, ó el ciudadano para el empleado? ¿quién ha de ser apto para quién, en un país libre y bien administrado?

Estas son antiguas y viciosas prácticas, y si en vez de corregirlas, vuestros gobiernos manifiestan la voluntad de agravarlas con nuevos desaciertos como aquél á que nos hemos referido, ¿qué no hemos de temer para el porvenir? Cuando todo tiende á una mayor participación del pueblo en la vida del Estado y del Estado en la del pueblo; cuando ministros y legisladores se afanan en implantar instituciones democráticas tomándolas de países más avanzados en la civilización; cuando la vida obrera va reclamando una acción cada día más directa y frecuente del gobierno y sus agentes en los conflictos del trabajo, y la creación de nuevas escuelas y de tribunales mixtos ¿que podemos esperar de estas nuevas instituciones en las que ha de actuar muy principalmente han de desarrollarse? ¿qué puede venir por ello, sino malas inteligencias y rigideces y choques funestos y la ruina al fin del porvenir y del presente?

Por esto, SEÑOR, los que ahora os hablamos, atentos unos al estudio de las ciencias sociales y jurídicas, otros venidos de la tierra, cuyo trabajo, el más noble y puro, parece que está más cerca de Dios, otros que enriquecen y honran á la nación en la función más progresiva del comercio, otros, en fin, en constante contacto con las masas obreras y la maravillosa vida de sus máquinas, y todos juntos representantes, por tanto, del conjunto de la actividad nacional en aquellas regiones que, teniendo su verbo distinto del oficial, Dios quiso que no fueran las que menos alto pusieran el nombre de España y su poderío; todos juntos, SEÑOR, hemos sentido con el agravio presente más duros los errores pasados que permanecen y más terrible la amenaza para el porvenir, si este hecho de la lengua, que á todo trasciende y de todas partes es sensible, no obtiene desde luego una garantía legal de respeto que enmiende lo presente y no deje lo futuro á merced del capricho, del desconocimiento ó de la apasionada ligereza de cualquier agente del poder ejecutivo.

Y cuando nos hemos reunido para comunicarnos tales protestas y tales temores y tales esperanzas, nuestro impulso ha sido enseguida unánime é irresistible. Vamos al Rey—nos hemos dicho—mostrémosle las entrañas de sus pueblos; que vea su conmoción y su anhelo, y Él que reina por encima de las pasiones políticas y de los intereses momentáneos, Él, que á todos por igual nos ama, Él, que es castellano y catalán y gallego y vasco, porque es el Rey de España, y su Real amor vive en la variedad de sus pueblos, Él, nos comprenderá enseguida y hará lo que mejor nos convenga, cuándo, como y del modo que sólo Él puede escoger y determinar sabiamente poniendo nuestras aspiraciones en armonía con la vida total de la nación.

Vamos al Rey—nos hemos dicho—y aquí nos tenéis, SEÑOR, mostrándoos ingenuamente las entrañas de vuestros pueblos sobre las que reináis lo mismo que sobre la superficie de sus campos y poblados. Sólo vos tal vez, SEÑOR, no nos tacharéis de inocentes ó de temerarios porque en nuestras

palabras no veréis otra inocencia ni otra temeridad que el amor y la confianza en el amor.

Y si estas palabras que os decimos en el lenguaje oficial del Estado, pudiéramos decíros las y Vos entenderlas en nuestro idioma vivo; si os pudieran hablar los catalanes en catalán, los vascos en vasco y los gallegos en gallego ¡ah, SEÑOR! cuán otro sería el acento de nuestras palabras; cuántos más os penetrarían de nuestro amor y de vuestra grandeza!

Entonces sentiríais toda la realidad de vuestro Reino de España, y vuestro Real sentimiento se ceñiría de aureolas. Entonces gozaríais en la rica variedad de vuestros pueblos, y os parecería ser un padre que tiene muchos hijos, cada uno con su fisonomía, su carácter, sus defectos y sus virtudes y su manera de amar, engrandeciendo así el amor de la familia, que no es más una ni más feliz por ser único el hijo y muy hermoso, sinó por el amor de muchos.

Locura sería querer hacer de todos uno muy grande, que si este muriera, apenas el padre sabría sobrevivirle; mientras que vivirle; mientras que siendo muchos, todos ván reviviendo en todos y el padre en ellos juntos.

Esto es, SEÑOR, cuanto ahora nos sentimos impulsados á deciros. Vos haréis de ello el mérito que mejor os convenga, pues, en la tierra, sólo Vos sois juez de vuestros deberes. Nosotros creemos haber cumplido con el nuestro como lo cumpliremos siempre lealmente, séanos próspera ó adversa la fortuna.

Barcelona 9 de Diciembre de 1902.

SEÑOR: A. L. R. P. de V. M. *

* Aquí las firmas de los Presidentes de las entidades económicas de Barcelona: Bertrán de Amat, Girona, Monegal Ferrer-Vidal, Abadal, Serra y Jané, y Cantarell, de la Económica de Amigos del País, Instituto Catalán de San Isidro, Cámara de Comercio, Fomento, Ateneo, Circulo de la Unión Mercantil y Liga de Defensa Industrial y Mercantil.

Artículos *

El templo que nace

En las afueras de nuestra ciudad, hacia el Norte, como quien va á la parte alta de San Martín de Provencals, en uno de estos sitios en donde la población parece indecisa entre la turbulenta aglomeración industrial y la maciza suntuosidad del barrio aristocrático, conservando merced á esta indecisión todo el encanto primitivo de campo en medio de poblado, allí, como pétreo florecimiento de aquel oasis, álzase un templo.

Parece que va alzándose por sí sólo, como árbol que crece con lenta majestad. Por árbol colosal tomándolo sin duda las aves que anidan y revoltean cantando entre las agujas lanzadas ya en proyección altísima por la mole todavía caótica; por árbol que ha cobijado á muchísimas generaciones de aves que pasaron, y que aún ha de ver pasar muchas generaciones de hombres antes de la primera que se cobije bajo su copa ya formada.

Al acercarse á él siéntese sobrecogido el viandante, creyéndolo quizás ruinoso fragmento de algo colosal que permanece en los siglos; pero al ver que aquella aparente ruina no es sino la grandeza de un nacimiento, dilátase el pecho en una alegre sensación de eternidad.

Alzase y extiéndese indefinidamente el templo á través de los años sin decir el secreto de su altura ni el de sus proporciones; desarrollándose como una fuerza natural incontrastable, absorbiendo elementos, trabajos, obstáculos, ensueños y realizaciones individuales, arrastrándolo todo confundido en la sencilla enormidad de su impulso hacia lo alto.

¿Quién soñó con él antes de que naciera? ¿quién allegó los primeros recursos? ¿quién concibió su mole? ¿quién la levanta? ¿qué vidas se consumen en crearla? A todas estas preguntas contesta una sola palabra: La Fe. La fe en lo alto, en cuyo ardor se consumen todos los esfuerzos, y á cuyo resplandor des-

aparecen todos los nombres, sin perderse no obstante ni uno solo de éstos ni de aquéllos; la fe anónima y abnegada en un Reino de los cielos, levanta un templo á las generaciones futuras en el oasis en medio de la gran ciudad.

El templo naciente tiene ya un portal: el portal que mira hacia el barrio obrero. No tiene techado todavía, y ya tiene portal. No puede cobijar aún, pero hace ya acción de cobijar. No es aún recinto cerrado y, sin embargo, se entra ya en él. Apenas nace, y ya invita. Invita á las generaciones vivientes á comunión con las generaciones que han de venir, con las que llenarán las futuras naves de futuras oraciones.

¿Cómo serán las naves? ¿cómo serán las oraciones? ¿qué vibración tendrán los cantos de la grandiosa caja sonora? Quién sabe... Pero el templo invita ya con seguridad á la comunión en la fe más alta. El portal invita, mirando hacia el barrio obrero.

Este portal es algo maravilloso. No es arquitectura: es poesía de la arquitectura. No parece construcción de hombres. Parece la tierra, las peñas, esforzándose en perder su inercia y empezando á significar, á esbozar imágenes, figuras y símbolos del cielo y de la tierra en una especie de balbuceo pétreo.

Es un pétreo balbuceo de alegría que quiere decir Navidad. Allí los más humildes animales de la tierra, con los ángeles del cielo, con los ramajes de los bosques, con las estalactitas de las grutas más profundas y con los místicos símbolos de las ideas más altas pugnan por vencer y desembarazarse de lo informe de la peña en que yacían, y vencen en efecto, y se forman y aparecen cantando la creación como un acto continuo de renovación, la Navidad como algo eterno. Desde las pesadas tortugas que apenas se distinguen del suelo sosteniéndolo todo, hasta las místicas palmas triunfantes en lo alto, todo parece allí contemplar á Jesús, al niño que acaba de nacer, al eterno Niño que siempre nace.

Así se levanta el portal de Navidad mirando hacia el barrio obrero. Encima de él y más allá, nada todavía formado: el cielo, el campo, el sol, el viento y las aves coro-

* Del volumen *Artículos* que comprendiendo una selección de los publicados por Maragall en el *Diario de Barcelona* de 1893 á 1903, fué editado en homenaje al Maestro, en 1904.

nando con la alegría de sus cantos la lenta formación del templo.

¡Oh encanto de la formación indefinida! Yo comprendo que el hombre que más ha puesto de su vida en la construcción de ese templo no desee verlo concluido, y legue humildemente la continuación de la obra y su coronamiento á los que vengan después de él. Bajo esa humildad y esa abnegación late el sueño de un místico y el refinado deleite de un poeta. Porque, ¿hay algo de más hondo sentido y algo más bello al fin, que consagrar toda la vida á una obra que ha de durar mucho más que ella, á una obra en que han de consumirse generaciones que aun están por venir? ¡Qué serenidad ha de dar á un hombre un trabajo de esa naturaleza, qué desprecio del tiempo y de la muerte, qué anticipo de la eternidad!

¡El templo que no concluye, que está en formación perenne, que nunca acaba de cerrar su techo al cielo azul, ni sus paredes á los vientos, ni sus puertas al azar de los pasos de los hombre, ni sus ecos á los rumores de la ciudad y al canto de las aves! ¡El templo que aguarda constantemente sus altares, anhelando siempre fervientemente la presencia de Dios en ellos, levantándose siempre hacia El sin alcanzar nunca su infinita alteza, pero sin perder tampoco ni un momento la amorosa esperanza! ¡Qué hermoso símbolo para írselo transmitiendo unos á otros los siglos!

La Navidad debiera ser la advocación y la fiesta de este templo, porque su construcción indefinida es en verdad una Navidad perpetua.

Nuestro pueblo lo conoce ya por el templo de la Sagrada Familia, y su portal maravilloso parece rebautizarlo con la misteriosa eufonía de nuestra palabra catalana: *Nadal*.

La montaña

Oh! feliz la ciudad que tiene una montaña al lado, pues podrá contemplarse á sí misma desde la altura. Verá diminutos sus caseríos en contraste con la inmensidad de los campos y del mar brillante, y sentirá cuán infinito es el cielo.

Y así comprenderá su misión, la gran ciudad. ¿Por qué ese monstruoso hacinamiento de moradas; por qué esa turbia atmósfera de alientos; por qué la agitación y el ruido de la multitud. . . y más allá la paz de los campos, la augusta soledad de las montañas, la limpidez del mar, bajo la eterna quietud del cielo?

La ciudad se espantará de sí misma y sentirá un fuerte impulso de esparramarse clareándose toda ella sobre la inmensidad de las tierras vecinas y más lejanas y hasta las cúspides de los montes.

Pero algo de ella misma, su razón de ser, resistirá á este impulso; se sentirá ceñida por la necesidad del tiempo y forzada á esperar, pero anhelante.

¡Vedla cuán hermosa está la ciudad con su espíritu anhelante en la cúspide de la montaña! ¡Cómo bebe la luz de las alturas, y palpita en la atracción de los espacios, y se orienta en la extensión de las tierras, y se escucha en la quietud de las soledades! Allí está el porvenir; pero entretanto...

El hombre de ciudad, el que lucha en la niebla, surge de la niebla con su pensamiento atormentando y su corazón en ritmo loco, y se alza á la claridad de la cumbre. De espaldas á la ciudad, ve ante sí el oleaje

de las cordilleras hasta el remoto confin de las nieves perpetuas. Todas las montañas brillan quietas al sol, y un viento de pureza corre sobre ellas. El hombre de ciudad da un gran suspiro, y baja por la vertiente de la soledad entre los pinos.

Ante la sencilla rectitud de los pinos, la olorosa humildad de las matas y y la armonía del viento en el bosque ¿en qué torna la dolorosa complicación de la mente, el encino de la lucha ciudadana, las heridas del amor propio, la necia vanidad de un éxito y la actividad sobreexcitada? Todo se serena en una suave contemplación, todo toma su proporción y queda vivo, pero en paz. Entonces el hombre se pesa y se mide; y sabe lo que vale y lo que le falta valer: siente su pequeñez y su grandeza, y no se desprecia ni aprecia con exceso. Sonríe á sus debilidades y estima su fuerza sin orgullo; apacigua sus rencores, y se siente superior á sus heridas y á aquéllos que las causaron, y las perdona. ¡Y á su mente aparece todo tan sencillo! No hay sino dejarse crecer recto como los pinos, libre y armonioso como el viento; dejarse dorar por el sol como las montañas, y dar simplemente como las matas el propio aroma.

El hombre de la ciudad vuelve entonces á la ciudad llevando en su alma la medida de sí mismo y la de ella. Y sus amigos y sus enemigos ven la serenidad de las cumbres en su frente, y en sus ojos el mirar de las grandes distancias y el reflejo de los horizontes lejanos. Y la adulación y la envidia se encuentran impotentes.

¡Oh! feliz la ciudad que tiene una montaña al lado. Todos sus hombres irán subiendo á ella y volverán transfigurados. Y en la soledad de los estudios, en la mesa puesta de las familias, en la actividad de las industrias, en la lobreguez de los comercios, en la agitación de las vías y de las grandes salas, reinará recóndita la alta visión de la cumbre. La rectitud de los pinos, el oler de las matas, la libre armonía de los vientos vivirán en el alma de la ciudad, que sentirá su misión.

Realizar el tránsito á la altura y á la extensión de las tierras, he aquí la misión de la ciudad. Del fondo de sus laboratorios ha de brotar la redención de sus laboratorios; de la fiebre de sus industrias, la redención de sus industrias; de la niebla de sus alienos la redención de la multitud anhelante.

Todo ha de alzarse á la luz de las montañas y extenderse al aire puro de los campos y esparciarse por las tierras desde las nieves perpetuas hasta el mar azul.

Tal será la ciudad grande, la serena, la pura, la gloriosa, que ahora la ciudad apiñada, la turbia, la calenturienta, presiente con su espíritu anhelante en la cumbre de la montaña.

¡O! feliz la ciudad que tiene una montaña al lado; porque ella se siente como un tránsito á la luz...

El libro ideal

Tengo ante mí la mesa desembarazada de libros. Así me gusta entrar en el año nuevo: sin velos en los ojos, sin cristales de aumento ni de disminución, sin transparentes de colores claros ú oscuros. Los hombres y las cosas, vistas directamente, á su luz natural, con la vista mía tal como Dios me la dió: así me gusta entrar en el año nuevo: empezando la vida otra vez.

Gran cosa es un libro bueno: ayuda nuestra visión con la agena, la multiplica y enriquece; pero, por bueno que sea, no sé que tiene de muerto, de definitivamente limitado é inmóvil, que se me figura siempre, no una luz viva sino un reflejo, no un ojo sino un cristal, no una voz sino un eco. Gran cosa son las epístolas de San Pablo, pero ¿qué en comparación con lo que debió ser la voz viva de San Pablo, su acción y sus ademanes? Gran cosa es también la Divina Comedia del Dante, pero ¿qué en comparación con las visiones del Dante?

Y ya no digo cuando el libro es reflejo de reflejos, eco de ecos, sombra de sombras. ¡Cuánto más no vale entonces la contemplación directa de la vida, por humilde que sea, la conversación con el hombre que pica piedra en la calle, el cual no es un reflejo, el cambio de balbuceos con un infante!

Por esto á mí me gusta empezar la vida nueva del año nuevo sin libros por delante; por esto mi mesa desembarazada de ellos me da una sensación de libertad y pureza, que es un nuevo comienzo de vida, y es un criterio para considerar los libros que no han de tardar en venir.

Ante la mesa desembarazada mis sentidos libres se dejan penetrar deliciosamente por la realidad viva. Veo el sol en el cielo, y las montañas, y las copas de los árboles mecidas por el viento: oigo los gallos cantar, y voces infantiles, y el hombre que pica piedra en la calle. Y pienso en el libro que ha de venir, el que todavía no me estorba, el que puedo imaginar á mi gusto, el libro ideal.

Si el cielo iluminado y las montañas y los árboles movidos por el viento se entraran por mi ventana y tomaran expresión sobre mi mesa, éste sería mi libro ideal. Si los niños que gritan á lo lejos llegaran á mí con sus rostros sonrosados y sus ojos puros y la incoherencia de sus gestos y sus voces, éste sería mi libro ideal. Si el hombre que pica piedra en la calle subiera á mi estancia y empezara á hablarme desde el fondo de su alma, éste sería también mi libro ideal.

Pues ya tengo criterio nuevo para el primer libro que se presente en mi mesa. Cuanto menos perturbe, cuanto más intensifique la serena contemplación de mis sentidos en su libertad actual, mejor será; cuanto más se asemeje al cielo con lo que bajo él se mueve, cuanto más se asemeje á un niño, cuanto más se asemeje á un hombre, mejor será. Si esta sensación de pureza que me da el cielo, y esta sensación de espontaneidad que me da el niño, y esta sensación de alma que me da el hombre, las encuentro también en el libro, diré que el libro es bueno; pero si no las encuentro, si me son enturbias por las terribles filas de letras de molde, ó si llego á olvidarlas y el libro me deja descontento de la vida y agitándome en el vacío de su negación, entonces diré que el libro es malo. Ya tengo criterio nuevo.

¡Qué felicidad si este criterio llegara á penetrar también en todos los que hacen libros! Penetraría en ellos seguramente si quisieran hacer lo que he dicho: desembarazar su mesa, que es como desembarazarse de vanidad y de propósitos artificiosos, levantar su frente con inocencia á la luz del cielo y abrir sus sentidos despreocupados á las formas de la vida; y penetrarse de todo ello hasta que ello quisiera expresarse ingenuamente y de un modo personal: y si la necesidad personal de expresión no se manifestara, no empeñarse en ella. ¡Cuesta tan poco no escribir un libro! ¡Pueden hacerse

en vez tantas cosas provechosas para uno mismo y para los demás!

El primer provecho para sí consiste en dejar de hacer una cosa insincera, en salvar el alma de esta mancha; el provecho para los demás consiste en evitar peso y confusión á los espíritus.

¡Oh! si sólo salieran los libros buenos, las voces intensificadoras de vida, cuán aligerados quedarían los estantes de las librerías y los espíritus de los hombres alzándose continuamente hacia la luz! ¡Oh! si además de los libros buenos sólo salieran los libros fuertemente malos, voces enfermas y descompasadas de la vida, cuán ligeros quedarían todavía los estantes y los espíritus que por reacción podrían tomar más alto vuelo! El peso terrible, abrumador, rebajador de la vida y mortal para los espíritus es el de los libros mediocres, insignificantes, impersonales: el incontrastable alud de los libros ñoños, hijos de la vanidad ó de una profesión monstruosa.

Estos son los mayores enemigos del espíritu humano, y á causa de ellos he contraído ese afán de desembarazar mi mesa: que si ellos no fuesen, menos diligencia necesitara en esta acción liberadora, y no sería mi odio tan ciego contra todo montón de papel impreso y encuadernado.

Pero hoy que estoy libre de ellos puedo complacerme en el pensamiento del libro ideal que ha de venir, el primero del año en mi mesa, puro, espontáneo, vibrante de intensidad de vida. Me parece verlo llegar ya, y hasta imagino su envoltura: creo leerlo, y siento algo como la impresión de sus palabras. Estoy encantado.

¡Ay del primer volumen material que venga á romper el encanto! Sí, bueno, muy bueno ha de ser para que no lo arroje por la ventana para que los niños que juegan lo favorezcan convirtiéndolo en pajaritas y barquichuelos; si es malo, muy fuertemente lo ha de ser para que no lo lance, rasgadas sus hojas, al capricho del vendaval purificador; si es ñoño, por poco que lo sea, lo dejaré caer aplomado en la calle, para que el hombre que pica piedra lo incorpore al firme del pavimento; y así el ejemplar será el más bien empleado de toda la edición...

¡Alerta! *

A Ivon l' Escop

Sí: el pueblo catalán es muy mal hablado; he aquí la gran tara de este pueblo. Da pena, da vergüenza, da piedad, da asco escuchar nuestra lengua tan bajamente empleada. Porque, más que todo, es bajeza. Hasta la blasfemia, esta tremenda expresión de la rebeldía destructora, en boca de nuestro pueblo, suele perder su misteriosa grandeza satánica, y queda sin alas para asaltar el cielo, y cae indecente, baja, y nada más.

No le es preciso ira al reniego de nuestro pueblo: reniega por vicio, por pereza de expresión, por voluntad de revolcarse en lo infimo. Fijaos en la calidad de nuestra blasfemia, fijaos en la ocasión; en el tono de la voz: no encontraréis más que el gusto de decir una palabra baja, para llenar un vacío de la conversación, por triste gracia, por broma, ó por impotencia ante cualquier obstáculo: porque el caballo tropieza, porque la cuerda tiene un nudo, porque el cigarro no tira. da asco. Y da tristeza, y casi desesperación.

Porque, involuntariamente, uno mide muy bajo el límite de la ascensión de un pueblo que trae tal peso de lodo atado á los pies. Pesadlo, pasadlo bien. Todos podemos hacerlo, pues ninguno de nosotros está libre de él. Los hay que no blasfeman, ¿pero quién no maldice? ¿Quién de nosotros no cede al prurito de la palabra baja, de la palabra obscena, de la interjección colocada de cuando en cuando, casi simétricamente, como puntal de la frase hablada catalana? ¡Oh, desventurada frase, desventurada lengua que tales puntales necesita! ¡Malaventurada arquitectura oral, desventurado pueblo que sólo así sabe sostener la energía de su lengua, y así la caracteriza!

Una vez, volvía yo de tierras extranjeras, y me detuve en una ciudad, poco antes de pasar la línea de Francia. Y allí en la estación misma, hirió mi sentido una locución innoble. El corazón me dió un salto. Ya estaba en Cataluña. Así se me hacía conocedora la patria. Y mis mejillas se enrojecieron como por una bofetada.

¡Este verbo (malaventurado que tenemos para expresar toda clase de energía! No decimos: *hacer*. Decimos la mala palabra: dar, herir, burlar, poner, tomar, engañar, arrojar, comer, beber, escribir, leer, todo, todo lo quiere decir esta palabra malhadada: toda acción se resume en ella, y su significado encierra todos los significados: como si en la virilidad catalana no cupiese otra potencia que la que con este verbo tan bajamente se indica.

Y esto se dice riendo, llorando, bromeando, enterneciéndose, afirmando, dudando, triunfando, cayendo; y hasta muriendo la hacemos heroica. Y el que no osa proferirla redonda, la disfraza hipócritamente para decirla, porque no sabe abstenerse. ¡Mirad como la necesita! La traemos clavada en la frente, como un estigma de bajeza.

¡Borrémosla! Aunque sea con fuego; aunque sea haciendo seguir la piel y vaciando el hueso, si es preciso. Borrémosla. Podemos. No hay fatalidad en el mundo. No hay nada irremisible. Purifiquemos nuestra lengua con un

Poesías *

Les mínves del Janer

Com al mitj de l'hivern la primavera
aixís el cel avui, i el sol i el aire
obre de bat a bat balcones i portes
i omple la casa de clarors, aimia.
Gloria dels ulls el cel, del pit les aures
son avui. Fins a cada moment sembla
qu'han d'esclafar en verdor les branques nues,
que l'horitzó ha d'omplir-se d'orenetes,
i que s'ha d'embaumar tota la terra.
¿No sents una frisança, dona? Dignes:
¿no't sens la primavera a les entranyes?
Llença't doncs, al carrer: si t'hi trobessa
te donaria un bes al mitj dels llavis,
al devant de tot-hom, sense vergonya
de besá i ser besat, qu'avui n'es die.
Som al mitj de l'hivern: ahir glaçava,
demà les neus blanquejarán la serra.
La primavera es lluny del temps endintre,
prò un die com avuy n'es la promesa.
Si promesa tu'm fosses, estimada,
ja cap mena d'hivern en mi cabria,
ni are, ni després, ni mai, que portes
tú a dintre els ulls la primavera eterna.

Donant les joies

De joies vull cobrir ta cabellera,
el teu coll i el teu pit, braços y mans,

carbón encendido, como el profeta. Y sea nuestro fuego el amor. Cada vez que abramos la boca para hablar, pensemos en Cataluña, nuestra madre, y, sobre todo, en Cataluña, nuestra hija. Pensemos que nuestros hijos han de hablar como nosotros. Pensemos en la gracia de estas bocas tan puras y en la infamia que les espera.

Y si en esto puede conteneros, vale más que reneguéis vuestra lengua: vale más que aprendáis una extraña, en la que la bajeza os sea menos familiar y pronta. Cubríos la cabeza de ceniza; invocad una gente civilizada que venga á civilizaros, á ahogaros el hablar con otra que se imponga forzosamente en la boca: pedid á un látigo extranjero la fuerza de voluntad que os falta: Porque ciertamente la libertad en el ser propio ha de ser la suprema aspiración de todo hombre y de cada pueblo; y es la condición de llegar á tener un alma; pero cuando un hombre ó un pueblo no se sabe valer de su libertad para este fin, la esclavitud es cosa deseable, y el aniquilamiento más alta suerte que la ignominia.

¡Oh! No me motejéis de arrebatado, ni alcéis los brazos con burlona sonrisa. Esta sonrisa sería todavía la señal mayor de nuestra impotencia, sería remachar el estigma. No es esta una cuestión ligera; no es una cuestión de policía. Es el espíritu catalán lo que se juega. La palabra es el espíritu mismo que va por los aires; si ella levanta el vuelo, el espíritu con ella; si se arrastra por tierra, no hay para el espíritu esperanza de altura. Son las alas. Sacudidlas, hacedlas ligeras; sinó, ¡ay del ave!

Yo no sé qué más deciros y es grande mi turbación: porque si la palabra no salva á la palabra, ¿qué la salvará? Si el corazón del hombre no mueve al corazón del hombre, ¿qué lo moverá? Y si esto no comienza dentro de cada uno de nosotros, mal obrará en el alma catalana.

Y hemos de salvarla, ¿lo entendéis bien? Hemos de salvarla. Y cada vez que abrimos la boca, es la vida ó la muerte para ella: es nuestra dignidad humana en peligro. ¡Alerta!

en memoria de totes les caricies
que vagi fente y t'hagi fet abans.
Com a pluja els joiells demunt tos mem-
[bres,
també com pluja 'ls besos meus d'amor:
dessota cada bes vull que s'encengui
com un astre una nova resplendor.
Un joiell cada bes, que resplandeixi
nit serena, lo noble del teu cos;
prò després el gran jorn, després el die:
l'esposa sens joiells, tota a l'espós.

La vaca cega

Topant de cap en una y altra sóca,
Avansant d'esma pel camí del aigua,
S'en vé la vaca tota sola. Es cega.
D'un cop de roch llensat ab massa trassa,
El baillet vá buidarli un ull, y en l'altre
Se li há posat un tel, La vaca es cega.
Vé á abeurarse á la font com ans solia;
Mes no ab el ferm posat d'altres vegades
Ni ab ses companyes, nó: vé tota sola.
Ses companyes pels cingles, per les comes,
Pel silenci dels prats y en la ribera,
Fan dringar l'esquellot mentres pasturen
L'herba fresca al etzar... Ella cauria.
Topa de morro en la esmolada pica
Y reula afrontada... Pero torna
Y abaixa el cap al aigua y beu calmosa.
Beu poch, sens gaire set .. Després aixeca
Al cel, enorme, la embanyada testa

* «La Veu de Catalunya», 19 septiembre 1908. trad. de L. C.

* Del vol. Poesies.—1894

Ab un gran gesto tràgic; parpelleja
 Damunt les mortes nines, y s'entorna
 Orfe de llum, sota del sol que crema,
 Vacilant pels camins inoblidables,
 Brandant languidament la llarga cúa.

Goigs a la Verge de Nuria

Verge de la vall de Nuria,
 voltada de soledats,
 que immòvil en la foscuria
 i en vostres vestits daurats
 ohiu la eterna canturia
 del vent y les tempestats;
 Verge de la vall de Nuria
 a Vos venen les ciutats.

Vers vos avancen incertes
 per les altes quietuts
 i els camins desconeguts
 de les grans serres desertes.

Troben rius que naixent van
 en els regnes dels pastors
 i remats esquellejant
 lentament pasturadors.

Van pels cims celestials
 sobre les montanyes nùes...
 Les congestes brillen crúes
 am blancures immortals.

Van per augustes carenes
 on del void amb els afany
 troben, abocant-s'hi apenes,
 al fons de les valls serenes
 les mirades blavoses dels estanys.

Y del vent sota la furia,
 menys-preuhador dels sentits
 amb els sentits desmaiats,
 se'n baixen a la foscuria
 de la vostra vall de Nuria
 voltada de soledats.

Aquí'ns teniu, Verge tosca,
 vagament cercant redós
 en el clos misteriós
 de vostra capella fosca.
 Cau la nit per tot arreu...
 nostre cor torna's psalteri
 pressentint el sant misteri
 tremolós de nostra veu.

¿Per qué'ns mireu, Verge santa,
 amb aquèts ulls tan oberts?
 ¿Doneu-nos l'esgarrifança
 dels vells miracles complerts!

¿Castigueu nostre sentit
 am tant d'oblidades febres!
 ¿Déu ànima a les tenebres!
 ¿Déu-nos la fe de la Nit!...

Que demà; quan surti el sol,
 tornarém a pendre'l vol
 per les serres encantades,
 i els camins de les cascades
 seguirem de sol a sol...

Les cascades, que s'estàn
 allà, lluny, canta que canta,
 tot trenant i destrenant
 llur blancura ressonanta
 sobre'el negre mur gegant.

Copsats per negres alçaries,
 aixordats de la remor,
 anirém avall com l'aigua
 per les goles solitaries
 plenes d'abims i frescor.

Quan a l'última portella
 tot el cel s'aixamplará
 amb alegria novella
 veurém la plana més bella
 i la verdor que s'hi fà.

A l'hivern, quan neva i plou
 i la ciutat se remou
 brillan d'insomnis i furia,
 nostres ulls enlluhernats
 veuràn, allà en la foscuria,
 l'immòvil Verge de Nuria
 voltada de soledats.

Excelsior

Vigila, esperit, vigila;
 No perdis mai el teu nort;
 No't deixis dú a la tranquila
 Aigua mansa de cap port.

Gira, gira'ls ulls enlaire;
 No miris les platjes ruins;
 Dona el front a n'el gran aire;
 Sempre, sempre mar endins.

Sempre ab les veles sospeses
 Del cel al mar transparent:
 Sempre entorn aigues esteses
 Que's moguin eternament.

Fuigne de la terra immoble;
 Fuig dels horitzons mesquins;
 Sempre al mar, al gran mar noble;
 Sempre, sempre mar endins.

Fora terra, fora platja;
 Oblidat de tot regrés;
 No s'acaba el teu viatge;
 No s'acabarà may més.

Les disperses *

Traducción de Goethe

¿Sabs el país dels tarongjers en flor?
 Entre'l fullatge obscur brilla el fruyt d'or.
 Allí's fa'l llorê altiu, la murtra suau
 gronxats pel dól aureig sota'l cel blau.
 ¿No sabs hont es?... Allí.
 Volguessis, mon aymat, anarhi ab mi.

¿Sabs la estada? En pilans s'alsa'l trespol,
 cada cambra es bonica com un sól,
 les estatures de marbre'm van mirant:
 «¿Què t'han fet—semblan dirme—pobre in-
 [fant?»

¿No sabs quina es?... Allí...
 Mon protector, volguessis aná ab mi.

¿Sabs la serra? pels singles emboyrats
 hi cercan vía els matxos carregats,
 en les esberles nían les serpents
 y les roques s'estimban pels torrents.
 ¿No sabs hont es?... Allí...
 Oh! mon pare! voldria fer camí.

Epigrama veneciá

Traducción de Goethe

«El meu coll s'engrosseix!» digué la her-
 [mosa.

«Cálmam y escoltam, dolsa criatura:
 això es que Venus sobre teu ja posa
 la mà divina, el cos y la cintura
 esbelta deformante, el pit en flor:
 ja no t'escauhen tants vestits com mudas.
 Aixís al jardiner les flors caygudes
 li anuncian les fruytes revingudes
 que cullirà després a la tardor».

* Les disperses Poesies originals y traduccions de Goethe.
 —Ab un pròleg den F. Pujulá y Vallés. Publicació «Joventut».
 Barcelona, 1904.

Enllà *

Vistes al mar

IV. VORA 'L MAR

El vent se desferma
 Y tot el mar canta.
 ¡Mar brava, mar verda, mar escumejanta!

La onda s'adressa,
 Venint s'ajeganta,
 Avença y s'acosta
 Callada qu'espanta.
 La escuma enlluerna,
 El sol l'abrillanta,
 La onda s'esberla
 Y cau ressonanta.
 ¡Mar brava, mar verda, mar escumejanta!

Seqüències **

Cant espiritual

Si'l mon ja estant formós, Senyor, si's mira
 amb la pau vostra a dintre de l'ull nostre,
 ¿què més ens podeu dà en un altra vida?

Perxòestic tan gelós dels ulls, i el rostre,
 i el cos que m'heu donat, Senyor, i el cor
 que s'hi mou sempre... i temo tant la mort!

¿Amb quins altres sentits me'l fareu veure
 aquest Cel blau damunt de les montanyes,
 i el mar immens, y el sol que per tot brilla?
 Déu-me en aquest sentit l'eterna pau
 i no voldré més cel que aquest Cel blau.

Aquell que a cap moment li digué «—Atura-ta
 sinó al mateix que li dugué la mort,
 jo no l'entenc, Senyor; jo, que voldria
 aturà a tants moments de cada dia
 per fêls eterns a dintre del meu cor!...

¿O es que aquest «fe etern» es ja la mort?
 Mes llavors, la vida ¿què seria?
 ¿Fóra no més l'ombra del temps que passa,
 i l'illusió del lluny i del l'aprop,
 i el compte de lo molt, el poc y el massa,
 engany actor, perque ja tot ho es tot?

¡Tant se val! Aquest mon, sia com sia,
 tant divers, tant extens, tant temporal,
 aquesta terra ab tot lo que s'hi cria,
 es ma patria, Senyor; i ¿no podria
 esser també una patria celestial?

Home só i es humana ma mesura
 per tot quant puga creure i esperar:
 si ma fé y ma esperança aquí s'atura,
 ¿me'n fareu una culpa més enllà?

Mes enllà veig el Cel i les estrelles,
 i encara allí voldria ser'hi om;
 si heu fet les coses a mos ulls tan belles,
 ¿per que aclucà-ls cercant'un altre com?
 ¡Si per mí com aquest no n'hi haurá cap!
 Ja ho sé que sou, Senyor; pro on sou ¿qui u sab?

Tot lo que veig se vos assembla en mí...
 Deixeu-me creure, doncs, que sou aquí.
 I quant vinga aquella ora de temença
 en que s'acluquin aquests ull umans,
 obriem-en, Senyò, uns altres de més grans
 per contemplar la vostra faç immensa,
 ¡Sia'm la mort una major naixença!

De «La fi del Compte l'Arnao»

LA MULLER

En el bon temps, a casa nostra
 jo feia igual qua ara fas tú:
 tú sota'l cel, jo sota un sostre,
 per una mare tot es ú.

* Del vol Enllà, 1906.

** Del vol Seqüències, 1911.

Quant els infants y les criades
eren dormits, ja de nit gran,
jo recorria les estades
com un fantasma vigilant.
Jo veia els somnis y figures
volar demunt dels fronts dormits,
tocava'l rostre a las criatures
per si eren fredes o bé enardits.
Veia en llur jaç a les serventes
(el de la dida vora'l breg)
en positures diferents,
i en el llur són encara més.
Hi avia aquella forta Assumpta
(que terres lluny era'l marit)
que s'adormia cella-junta
i amb una mà damunt del pit.
Després, aquella joveneta
que era xich rossa i tant humil,
tenia sempre una rialleta
i entorn del cap del braç gentil.
Però les altres, aplanades
pel gros treball de tot lo jorn,
boca-terrosses o badades,
eren com mortes a l'entorn.
Y, per la casa tenebrosa
tornat al nostre llit retret,
m'hi esmunyia silenciosa,
vellant encar ton són inquiet.

Ifigénia a Taurida (*)

Traducción de Goethe

IFIGENIA

ACTE PRIMER — ESCENA PRIMERA

A la vostra ombra, movedices copes
d'aquest sant bosc tan vell i plè de fulles,
lo mateix qu'en el temple de la deessa,
hi entro més friso avuy encara
que'l dia en que hi vaig dà aquells primers
[passos:
la meva ànima no acaba d'avenir-s'hi.
Ja fa molts anys que'm serva aquí reclosa
un alt voler, an el que jo 'm rendeixo,
pro com el primer jorn só forastera.
Que'm separa la mar dels que jo estimo,
i passo hores i hores a la platja
vers la terra dels grecs anhelant sempre,
i contra'ls meus sospirs no més revenen
sordament les onades bramadores.
¡Ail! malhaurat aquell que lluny dels propis
està sol: tot plaer se li amarganta,
i els pensaments tót-hora se l'enduen
vers la casa pairal, allí on va veure
el sol aclarí l' cel el primer día,
i aont els jocs lleugers de la infantesa
l'anaven enllaçant amb uns i altres.—
¡Yo no'm queixo dels déus, pero es ben trista
tant mateix la sort nostra, pobres dónes!
Es poderós a casa i a la guerra
l'home, i s' sap valer siga allà on siga:
tot possehi es per ell, tota victoria,
i sempre té amanida una mort noble.
Les ditxes de la dòna son mesquines.
Ja es consol i es dever ensems per ella
l'estar subjecta al dur marit; i ¡ail! ¡pobra
si mala sort la porta a terra estranya!
Així, jo, que ara am fermes i sagrats llaços
só aquí pel noble Thoas retinguda,
¡quina vergonya'm dono, oh tú, deessa,
d'haver de confessar que sols per força
vaig servint ton altar... Tú, que'm salves!
Ma vida havia d'esse t consagrada
per servi-t lliurement, i encara espero
en tú, Diana, que al mirar la filla
del rei més gran que hi hà damunt la terra
de mort amenaçada, la prengueses

* Biblioteca Dramática de «L'Avenç», 1898.

en tos divins i piadosos braços.
Filla de Zeus, si an aquell home insigne
al qui, afigit, la filla demanaves;
si al gran Agamemnon que als déus, s'assembla
i que en l'altar te va donar la filla,
dels murs vençuts de Troia a casa seva
has tornat gloriós, tornant-lo als braços
de l'esposa, dels fills, de quant estima,
torna-m'hi també a mí; ja que'm salves
de la mort, salva'm, doncs, d'aquesta vida,
que ara es per mí com una mort segona.

Eridon y Amína (*)

Traducción de Goethe

QUINTA ESCENA

AMI. Eridon, Eridon; a fe qu'ets ben injust
aymà y aborrí ensems no hi ha qui
[ho acomodi;
el cor que sab l'amor no pot sabé'l
[qu'es odi;
l'amor vol cor suau, y ab l'odi no ho
[pot sè;
¿no ho veus que tinch rahó?
ERID. Veig que't defenses bé
allí qu'es per vosaltres el goig de més
[empenta:
tenir trenta aymadors y enganyals a
[tots trenta.
Avuy es un gran dia pel teu orgull
[d'amor:
avuy veuràs rendit més d'un adora-
[dor.
En molts resplandirà la flama que'ls
[devora
y no tindràs prous ulls per veurels
[tots alhora.
Entre tants folls que't voltin, ves a
[fruirte, ves,
y pensa que de tots só el més foll.
AMI. (apart). No puch més.
¡A y que se'm núa el cor y em sento ja
[vençuda,
com més me vull alçar més forta es la
[cayguda.

* Publicacions teatralia, 1909.

Píndar

Olimpica primera

A HIERÓ DE SIRACUSA

I

Gran cosa es l'aigua al món, y l'or que brilla
(tal com foc en la nit) entre riqueses.
Així tu, si cantar vols nobles lluites,
no altra que la olímpica
cerquis, que es com el sol
que quan lluu al mitg del cet tot astre apaga,
y en la buida blavor ell regna l'únic:
doncs, cap com ella inflama
el númen del poeta,
per fer-ne brollar l'himne
famós, que al fill de Kronos glorifica.
del benhaurat Hieró en la rica estada:

Hieró que porta el ceptre de justicia
demunt Sicília, on tants remats pastoren:
y honrat la flor de les virtuts més altes
es honrat per la música
dels cants que li ressonen
entorn la taula amiga.
Doncs, ara, agafa tu la lira d'òrfica

* Las olimpicas de Píndaro.—Biblioteca de Autores Griegos y Latinos.

si la embranzida del cavall Ferènic
mongué ton cor quan, vora de l'Alfeu
se llançà a corre y, d'esperons intacte,
donà a son mestre el guany de la victoria.

al Rey de Siracusa,
a aquell que als corcers aima.
Brilla la gloria encar de la gran gesta
en la terra poblada pels intrèpids
fills de Pèlops el lidi, d'aquell Pèlops
que fou aimat del déu potent que abraça
tota la terra, desde l'punt y hora
en que Cloto el salvà traient-lo ràpida
del lluent calderón, y li fou posada,
per tornar-lo complet, l'espalla ebúrnea.
Molts fets hi ha que'ns admiren;
prò alguns no més són fábulas
ab gran enginy urdides
més enllà de lo cert, ab que s'enganya,
per assombrà-ls, als homes.

II

Perquè la poesia té la gracia
de tornar dolces als mortals les coses,
honrant com a creible
lo que altrament no'u fóra.
El temps després ja posa
les coses en son lloc. Lo menys culpable
es parlar bé dels déus: per' xò som homes.
Així jo vull parlar del fill de Tàntalus
altrament que'ls pasats; de quan son pare
convidà als déus, allà en l'aimada Sípilo,
a un menjà honrós per gratitut.

Llavores

fou quan el déu que duu el trident magnífic
se t'emportà en son carro d'or, oh Pèlops!
enamorat de tu, y te conduïa
an el palau altíssim.
de Zeus sobirà
que un dia á Ganimedes
també hi portà per sí ab igual designi.
En va't cercaren molt per casa teva
per tornar te a la mare que't cridava:
t'eres fós: y llavors els envejoses
murmuraven y deien que'ls teus membres,
bullits al foc en l'aigua tremolosa,
s'havien repartit els déus tallant-los
y menjant de tes carns entorn la taula.

Pró a mi'm sembla impossible
que'ls déus sien goluts en tal manera:
no ho crec, y no vull dir-ho;
quí diu mal ja s'ho troba un hora o altra.
Si mai aquells que en el Olimp regeixen
honraren a un mortal, aquest fou Tàntalus:
més no pogué obeir tanta veniura,
s'enorgullí, y li'n vingué un gros càstic:
que fou aquella pedra tan pesanta
que Zeus li posà demunt la testa
y ell sempre més ha anat provant de treure-se-la
eternament en va: y no sossega.

III

Així viu una vida tant amarga.
Malhaurat! Eren tres, y ab ell són quatre
els que penen allí: perquè robava
als immortals el nèctar
y la dolca ambrosia
que'l feien immortal,
y volgué convidar-hi a uns y altres.
Qui pensi que pot fer-se alguna cosa
amagada dels déus, ail! com s'enganya!
Per xò fou rebutjat el seu fill Pèlops
d'en mitg dels immortals, que'l retornaren
a la sort dels humans de vida efímera.

Més en la edat florida,
quan un lleu borrisol comença a creixer
al rostre del varó, ell meditava

d'obteni a Hipodamia. sort gloriosa
oferta per son pare, el rei de Pisa,
al qui sabés guanyar-se-la. Doncs, Pèlops
va anar-sen a la vora
de la mar blanquinosa
en mitg la nit obscura,
y al déu cridá que duu el trident magnífic
y de terrible dring, y apareixent se-li
allà al peu, li pigué:—«Posseidó, escolta-m:
»per els do'ços favors que més te plaguin
»de la Cípria, t demano que'm presservis
»de la llança punxanta d'Enomaus,
»y en un carro lleuger porta-m a l'Élide
»y dóna-m la victoria; que ja tretze
»caigueren davant d'ell' y així retarda
»les noces de sa filla.

»Als temerosos

»tot perill els es gran; però un hora o altra
»morirem, tant mateix; ¿quin gust pot dar-nos
»està a recó y una vellesa obscura
»consumir sense haver tastar la gloria
»dels fets més grans? Doncs, no! Jo vui combatre
»aquest combat. Tu dóna-m la victoria.»—
Així deia; y no en va, que'l Déu donava-li
Carro d'or ab alats corcers mai laços.

IV

Y dominà la força d'Enomaus
y a la filla en son llit; d'on va donarli
ella sis fills, que tots regiren pobles

ab gran virtut. Y encara
en son repòs magnífic
a vora de l'Alfeu
se l'honora ab sacrificis
y gent d'arreu del món van a sa tomba.
Així la gloria de la festa Olímpica
daura ab son brill la gesta al lluny de Pèlops,
ja sia en corre ab peus lleugers la lluita,
ja en la força del cos, y al qui la guanya
tota la vida se li torna dolça.

El bé suprem per l'home es el durable:
Així corono de corona eqüestre
la testa de Hieró ab un cant eólic,
y certament no escau a cap més home
dels que avui viuen, com an ell, l'airosa
vestidura gloriosa
dels meus himnes triomfals:
perquè poder y gracia
són en ell. Oh! Hieró, que'ls déus te valguen
ben generosament en tota empresa.

y així puguen obrir-se bones vies
als meus cants, com aquesta, y més encara;
que jo m'hi llençaré en carro que voli
fins al bell peu de l'esplendor de Kronios.

Jo'm sento a dins la força de la Musa.
Altres són grans per coses ben diverses;
però els reis demunt de tot: d'allí no's passa.
Tu marxa ab el cap alt tota la vida;
y sia jo també per el meu númen
vencedor, y el meu nom famós en Grecia.

tos del espíritu soplan demasiado fuertes; el
alma múltiple de la muchedumbre no po-
dría resistirlos; se disgregaría hasta dejar
unos cuantos hombres solos, unos cuantos
espíritus fuertes; la multitud volvería co-
rriendo al calor del seno maternal, á su
principio, al mar generador y avivador de
ciudades.

Después, todo lo más, en lo más alto de la
ciudad pondrán un templo: en la mayor al-
tura que su ciudad consienta. Algunas ve-
ces, un día al año, irán en romería á un
santuario de la montaña; pero al anoche-
cer volverán abajo apresuradamente todos so-
brecojidos y en confusión de rebaño, dejan-
do sólo arriba al ermitaño solitario encen-
diendo la luz que se verá de lejos y se la
tomará quizás por una estrella.

Los marineros suelen ir siempre en com-
pañía y fácilmente pueden ser tomados por
otros; pero la luz de un ermitaño sólo se pue-
de confundir con las estrellas. Debe ser por
esto que los hombres que viven solos en la
montaña, infunden no se qué misterioso
respeto. Un mísero pastor que sea, yo no se
qué sensación da de ser un hombre por sí,
que me obliga á respetarlo, y le interrogo
sobre muchas cosas de la vida como á un
oráculo; como si él pudiera ver en sí clara-
mente muchas cosas que los que vivimos
abajo no podemos ver sino socialmente, con-
fusamente, en nuestra alma de multitud;
sobre todo las cosas altas. Porque no se qué
hay en la ermita que no encontramos si-
quiera en nuestro templo.

¡Tristeza de las montañas! no se qué llevo
de ti en mi vuelta al mar y á su alegría, que
quisiera ponerlo entre estas gentes. Algo de
aquel impulso que hacía á los santos estili-
tas: que mostrándoles un hombre sobre una
columna, aunque fuere la de un templo de-
ruido, ellos comprendieran al menos el an-
helo de altura que una columna por sí sola
significa. Muchos pueblos del mar han com-
prendido esto; y alguno, con sólo haberlo
comprendido, ya ha sido grande.

Pero este pueblo no lo comprende toda-
vía: es bajo de instinto. Cada uno levanta
su columna sólo para poner en ella el cartel
de su vanidad; y odia todas las demás. Y
en cuanto á la multitud, ésta lo quiere todo
raso. No hay instinto de altura en este pue-
blo: quiere estar siempre cerca del caos, del
mar movedizo y estéril; de la altura sólo
admite las arenas que bajan por las rieras.

Faltan hombres de montaña entre nos-
otros: aun para vivir bien como gente de
mar, para nuestro comercio, nuestra guerra,
nuestra ciudad, faltan hombres de montaña
que lo sean fuertemente, porque si no los
arrasamos, los desmenuzamos, los reduci-
mos á arena como nosotros, y no sirven si-
no para aumentar los arenales de nuestra
playa que á merced del viento todo lo cu-
bren y esterilizan: somos un pueblo-duna.

Las montañas mismas destrozamos como
odiando sus excelencias, como si nos estor-
baran: arden los bosques en la altura, des-
gájanse los robles centenarios, las altas
tierras pierden su trabado y su firmeza, bó-
rranse los caminos, viénense abajo los teja-
dos patriarcales con sus tradiciones, sus
gentes y sus rebaños, los ermitaños desertan
sus ermitas, y todo esto junto nos llega he-
cho arena á la playa, á la ciudad-duna. La
duna abajo, y las peñas desnudas y descals-
zadas arriba á punto de desgajarse también.

Es éste el pueblo que se está deshaciendo
antes de haberse hecho verdaderamente;
que se está suicidando antes de haber lle-
gado á ser; que se está volviendo al mar sin

Artículos

La vuelta al mar *

La sensación es de alegría, no hay duda.
El horizonte baja rápidamente de aquel la-
do y se tiende como al infinito. Todas las
cosas se aclaran y se ponen risueñas, por-
que el mar es un gran reverbero que devuel-
ve la luz lanzándola hasta muy lejos sobre
las cosas. El aire corre más seguido y tiene
un toque especial de agua; después empieza
á olerse á marisco; y al fin, de pronto, hela
ahí moviéndose y brillando hasta el confín
del horizonte esa cosa líquida é inmensa
tan distinta de la tierra. Tiene algo de caos
el mar, en comparación. Pero, al acercarse
á él, la sensación es de alegría: una alegría
física, sensual, morbosa: una alegría de re-
greso.

Cuando íbamos á la montaña era otra cosa
¿os acordáis? Era también una alegría; pe-
ro otra alegría más austera: como si todo se
encantara en torno nuestro: las cosas se po-
nían más quietas y un poco pálidas en el
mayor silencio de la altura: el olor de los
pinos parecía sagrado: nuestra alegría era
como una deliciosa tristeza: llamémosla bea-
titud.

¡Qué otra cosa, ahora! ¡qué rumor, qué
viento, qué luz, qué embriaguez! ¡cómo se
mueve todo, cómo grita la gente, cómo rien,
cómo se miran, cómo gesticulan! ¡qué colo-
res, qué olores, qué música, qué lascivia! Si;
es un regreso á la bestia, á la médula, al
caos, esta vuelta al mar.

¿Se sabe de santos penitentes, anacoretas
ó ermitaños junto al mar? No creo; yo, al
menos, no sé. Y no puede ser. Estos habrán

ido siempre tierra adentro y arriba, á puri-
ficarse, á orar y á hacerse santos; bien lejos
del mar. Acaso después hayan vuelto á él
con su tesoro de santidad para extenderle
entre los hombres tomándolos de junto al
mar, de junto al caos, de la médula, para
llevarlos poco á poco allá á la altura, ó por
dejar algo de altura en ellos junto al mar,
hasta que otro venga á aumentarla un poco
más; y así el mundo puede volver á empezar
muchas veces, y cada vez ganando: hasta
que la altura y la ribera del mar sean una
sola cosa: hasta que todo el caos sea crea-
ción: hasta lo infinito.

Ahora entre tanto el mar es la acción, y la
montaña la contemplación. Yo creo que en
el principio toda la tierra sería mar y (como
dice la Escritura) «el espíritu de Dios anda-
ba por encima de las aguas». Y después
cuando ya hubo tierra firme y desde que se
levantaron las montañas, el espíritu tendió
siempre á ellas, filtróse siempre hacia arri-
ba, dejando junto al mar su acción más baja
y llevando al monte su mayor pureza. El
mar, pues, es el principio, y la montaña el
fin. En el mar ó junto al mar el movimiento
exterior, el comercio, la guerra, lo grueso
de las civilizaciones, la muchedumbre de
las gentes, las ciudades. Montaña arriba las
gentes se clarean, son más quietas y silen-
ciosas, más individuales; y en las cimas
aparece de cuando en cuando un hombre
hablando con Dios, que le da las Tablas de
la Ley para las muchedumbres de abajo, y
después, á veces, se lo lleva al cielo. Ved á
Moisés en el Sinaí y al Hijo de Dios en el
Tabor...

Pero ¿hase visto jamás una ciudad en la
cima de una montaña? No; falta allí calor
animal para la muchedumbre de los hom-
bres, y en cambio el sol de Dios arde dema-
siado puro en el aire enrarecido, y los vien-

* Este artículo y los cuatro siguientes pertenecen á la nue-
va serie que Maragall venía publicando en el *Diario de Bar-
celona* desde el último julio, serie que ha sido interrumpida
por su muerte...

devolver nada suyo al espíritu «que va por encima de las aguas».

La culpa del verano

Ardiente, violento, insano, promovedor de discordias intestinas y de guerras entre las naciones, cruel, tenaz, implacable, helo ahí que se va, gruñendo rencoroso, vuelto el rostro amenazador todavía, empujado á viva fuerza por tormentas y ciclones, pero dejando á las gentes soliviantadas, los odios despiertos, las manos armadas en alto, los ojos inyectados, las mejillas pálidas, los pechos jadeantes, las bocas temblorosas de imprecaciones, la tierra estremecida por el estampido de los cañones, regada ya con sangre de hombres vertida por otros hombres, y con el sordo rumor de aprestos de una guerra enorme, los bosques ardiendo en las alturas, el contagio de muerte en las tierras bajas, la ira en las calles, el sobresalto en las noches de los hogares y la miseria avanzando lenta y segura á la luz del día. ¡Terrible rastro!

Tanto puede en los hombres todavía un poco más ó un poco menos de sol. Créense libres y no sujetos más que á su voluntad y á sus designios; y cuando se figuran obrar solo por ellos, muévense á merced del viento y de la lluvia, y prosperan ó se aniquilan según la humedad ó la sequía, como los trigos en los campos y las viñas en las laderas de los montes.

Reiros de todo esto, podéis reiros cuanto gustéis; pero no sabéis ni una palabra más de las que os digo; porque si no son estas fuerzas las que os mueven (¿y quién podrá negarlo en absoluto?) serán otras igualmente extrañas á vuestro albedrío que os son todavía más desconocidas.

Y no niego el albedrío humano: niego el social, el de la multitud conjunta. No seréis libres sino cuando cada uno se rija á sí mismo. Pero ¡ahora!... ¿Se rige á sí mismo el soldado, se rige á sí mismo el general, el ministro, el rey, el obrero, el societario, el conspirador, el burgués, el más libre ciudadano? Se rigen unos á otros, los más altos á los más bajos y los más bajos á los más altos, y unos y otros á los de enmedio y éstos á los demás, y todos son regidos por el miedo que mutuamente se tienen.

Para regirse cada uno á sí mismo y no atender á los demás sino por la libre voluntad del amor, se necesita otro valor que el del soldado, que el del ministro, que el del societario, que el del conspirador, que el del ciudadano que se cree libre; se necesita el valor de un hombre que no vea en otro hombre sino á un hermano: que no vea más, pero que tampoco vea menos; y para esto basta con sentirse bien el alma en el cuerpo. Basta con esto, pero no con menos.

Y ¿cuántos hay que se sientan el alma en el cuerpo, no digo ya sentirse bien, pero solo sentirse? El que se conoza en paz en medio de la guerra, dueño bajo su dueño, señor sobre su esclavo, manso entre la ira, tranquilo entre el pánico, libre en su ciudad y entre las leyes, que avance un paso y lo diga.

Salid de la fila, anunciad vuestra libertad, confesad simplemente vuestra alma individual, vuestro porqué, el vuestro y de ninguno mas (después ya se verá como viene á ser uno mismo para todos) y el mundo está salvado. Entonces podreis rehacer vuestras naciones fuera de la guerra, vuestro

trabajo fuera de la necesidad, vuestra sociedad fuera del odio, vuestra ciudad fuera de las leyes escritas, vuestra libertad fuera del miedo.

Ahora, uno á uno, nadie quiere la guerra, pero todos juntos declaran la guerra; uno á uno, todos quieren trabajar, pero todos juntos nadie quiere trabajar; uno á uno, se aman como hermanos, pero todos juntos se odian como diablos; uno á uno, todos son señores, pero juntos, todos son esclavos unos de otros: sois esclavos de vuestra propia muchedumbre. ¡Romped filas! ¡Confesad vuestra alma!

¿Por qué no lo hacen? Hay aquí un misterio. Esto no puede ser todavía. Hay unas espesas tinieblas encima de cada alma y todavía para sentirse unos á otros, necesitan ir apretados como un rebaño. Una gran luz les vino del cielo, pero todavía no les ha llegado al fondo. Por esto fué dicho: *Un pastor y un rebaño*. Pero ni al Pastor han llegado á conocer, y son todavía muchos rebaños con muchos pastores: de ahí la guerra, el odio, el miedo y la esclavitud entre ellos.

Y es que la luz no ha llegado al fondo de su alma, y muévense en las tinieblas. Son regidos, pues, en su muchedumbre por el espíritu de las tinieblas; y todavía el Hombre desde lo alto de la Cruz podría decirles «que no saben lo que hacen». Esto es, que no saben por qué lo hacen.

Diéranse cuenta, al menos, de su inconsciencia, y confesaran que se mueven por el calor ó por el frío, por la lluvia ó por la sequía, por la electricidad ó por el viento, ó por las mismas causas ocultas que gobiernan estas cosas, por un espíritu que hay en las tinieblas. Dijéranse, al menos: — Hay guerra porque había electricidad de guerra en nuestra masa; hay paz porque ya hubo gurera el año pasado y nuestra atmósfera quedó purificada; hay inquietud porque de mucho tiempo estábamos quietos.—Esta sería una especie de conciencia de su mal, y algunos empezarian á reaccionar contra él avivando su íntima libertad individual, su propia luz interior, destacándose al fin de la masa y obrando como hombres libres en la divina libertad de su alma; y á éstos, otros seguirían, y la redención social habria empezado.

Pero su soberbia les ofusca, y no quieren, no pueden confesarlo. Prefieren decir:—Hay guerra porque Francia la quiere; la habrá porque Alemania la impone; hubo huelga porque el sindicato la decretó: falló la revolución porque el gobierno la previno.—Y no quieren conocer que Francia y Alemania y el sindicato y el gobierno, son nubes que van y vienen y se hacen ó se deshacen á merced del viento que las sopla ó no las sopla. También las nubes podrían creer que llueven cuando quieren y que el rayo es la libre acción de su ira, y la pausada lluvia obra de su misericordia: y el viento reirse de ellas. Pero tampoco faltaría entonces quien se riera del viento. Porque tanto dependen ellas de él como él de ellas: y todos juntos de otra cosa. De esta misma cosa de que depende vuestra muchedumbre y dependerá siempre mientras no os destaquéis de ella como hombres libres; mientras no sienta cada uno su alma en su cuerpo; mientras no aparezcan los hombres que necesariamente han de aparecer para hacéroslo sentir rompiendo con el trueno de su voz, con la luz de su palabra, el espeso muro de tinieblas que os la tiene aprisionada y dormida.

Entre tanto, y para mejor provocar la

aparición de estos hombres de entre vuestra masa caótica, ciega, fatal, creedme, dejad de atribuir vuestra guerra y vuestra paz á Francia ni á Alemania, ni al sindicato ni al gobierno; haced como yo; dad la culpa ó las gracias al sol, á la lluvia, al verano ó al invierno; porque las causas son las mismas ó semejantes; y nada mas podeis saber de ellas.

El cesto de frutas

...Y así como en la elevación de las montañas, en la desolación de las llanuras, en la ligera villa junto al movimiento y ruido de las olas, mi alma se apacentaba en el sentido de aquellas cosas que se le ponían delante y las quería cada una á su manera, pero á cada momento se estremecía como extrañándolas, y por esto enseguida ¡volvía á adherirse á ellas con mayor ahinco de entrarlas en sí; ahora, al contrario, volviendo á encontrarse en la ciudad, en mi ciudad, en mi centro, y al reconocerla como siempre la conocí, con su confusión, su ruido, su vertiginoso movimiento y toda su vida disipada de que tantas veces abominé y por lo que la increpé tantas veces con palabras duras como á una barbarie y á un tormento del que auguraba libres á futuras generaciones mas felices que las nuestras; al encontrarme en medio de la gran plaza de la pululante muchedumbre, donde las gentes se rozan y se empujan sin el menor interés unas por otras, se cruzan sin saludarse, se miran sin conocerse ni gana de ello, de donde solo un vaho de rencor parece emanar por el mutuo estorbo que se hacen... una oleada de ternura alzóse de pronto del fondo de mi ser que inundó todo mi sentido y hormigueó todo mi cuerpo hasta las yemas de los dedos y hasta la punta de los cabellos, y sentí que amaba la ciudad con toda mi alma, que mi alma era suya, que la ciudad y yo éramos una sola cosa, que yo la llevaba en mi doquiera que fuese, y que mi sensación ante la montaña y su altura, ante la extensión de las tierras solitarias, ante la ondulante desnudez del mar inmenso, no era sino una reacción de la ciudad ante sus causas y ante las grandes promesas que están fuera de ella.

Ni el pastor, ni el labriego, ni el marinero, en su montaña, en su campo, en su elemento, podían sentir lo que yo había sentido entre ellos. Podían ciertamente sentir otras cosas (que yo no había sentido—no digo si mas grandes ó más pequeñas, si mas fuertes ó menos fuertes—, pero lo mío, no: lo mío era bien mío, era de la ciudad. y á ella lo traía yo ahora como un puñado de tierra, como un ramo de flores, como cesto de frutas que uno lleva del campo á su casa y á los suyos. Aquella emoción mía tan llena, en medio de la plaza tan poblada, era un presente de amor, era un tributo.

Y un tributo bien debido; porque lo que sentí en lo mas primitivo de la naturaleza lo sentí por lo que había en mí de ciudad. La ciudad me había mandado á sus antiguos feudos á levantar las cosechas espirituales con que yo, ciudadano, me enriqueciera el alma; pero ahora, á mi vuelta, algo debía yo también—un puñado de tierra, un ramo de flores, un cesto de fruta—al alma grande de la ciudad: un presente un tributo, un reconocimiento; y esto fué lo que la ciudad me pidió de pronto en medio de la gran

plaza, y yo oí su voz de madre que me enterneció, y entendí su demanda, y me dispuse á satisfacerla.

Y ved cómo la satisfago. Ahora voy por las calles de la ciudad como si fuera por los bosques, y en medio de su gran animación como si cruzara por una inmensa soledad, y oigo su rumor enorme como el del mar y el viento. Porque se me figura que para la vida espiritual que podemos esperar, esta población y este movimiento y este ruido son cosas tan simples y primitivas como son respecto á ellos las montañas y los mares: y que para llegar á aquella libertad futura es bueno acotumbrarse á tratar todo esto como cosa no menos ciega y fatal que las piedras, las plantas, las aguas y los vientos. Porque ni más ni menos que ellos la ciudad de ahora es un instrumento del espíritu.

Así puedes escuchar en la ciudad el arpa eólica como en la selva mas profunda; porque ésta es para el espíritu otra selva. Tan solo puedes estar aquí como allí, y tan sereno, aunque sea también otra la soledad, y otra la serenidad; porque son grados espirituales de un mismo estado.

¿Por ventura no te sentías muy acompañado en la selva, y ¡muy turbulento en su paz? Tenías la ciudad dentro la selva fuera. Pues escucha aquí la selva dentro de ti, y te sentirás pacífico en la turbulencia ciudadana.

Los que viven animados por algun sentimiento fuerte saben bien lo que es esto. Acuérdate de aquellos enamorados que dijo Goethe. Ella decía: «Llena de gente estaba la plaza en aquel día, y acerté á verte»; y él: «El gran apiñamiento no fué obstáculo á los dos enamorados; nos atrajimos». — «Partiendo la multitud nos acercamos, y te vi de pié delante mio». — «Y yo á ti delante también... estábamos bien solos». — «Solos, sí. La gente nos pareció entonces un bosque muy espeso». — «Y escuchábamos su rumor como rumor de aguas». — «Dos amantes siempre están solos, aun en medio de todo un pueblo; pero, hasta cuando lo están mas, siempre tienen un terreno junto á ellos». — «Es el Amor...»

Aquí está todo el secreto: tened una fuerte cosa dentro, y os sentiréis tan solos y tan acompañados como queráis en cualquier parte. ¿Qué santo franciscano era aquél que andaba por el campo tan ciego de amor que abrazaba y besaba con la mayor ternura cada árbol que encontraba al paso? ¿Veis? Este, todo lo contrario de aquellos dos amantes en medio de la plaza populosa. ¿Todo lo contrario? No. Absolutamente lo mismo.

Ahora, con el vacío en el alma ¿qué queréis? no hallaréis buena soledad ni buena compañía en el campo, ni en la ciudad, ni la paz en ninguna parte; estaréis á merced de todas las exterioridades y ¡os asustaréis de cada cosa. ¿Hay nada más terrible, más feroz, que esas peñas que se os ponen delante, altísimas, negras, desnudas, amenazadoras... se os ponen delante, y no os dicen nada? Os coge un terror de que os aplasten y os entierren, queréis retroceder, y os encontráis con el horror del espacio vacío en el que parece que vuestra personalidad va á disolverse y aniquilarse. Tembláis. ¡Ay si no tenéis entonces alguna cosa muy amada que evocar en vuestra alma para que os haga compañía!

Estáis en medio de una multitud apasionada que se lanza ciega como un elemento á alguna obra de destrucción... ó en medio de una multitud que sentí absolutamente indiferente á vuestro bien ó á vuestro mal;

¡ay si no tenéis en vuestro interior algun afecto muy poderoso para aislaros de tan terrible compañía y procuraros la paz de la soledad en medio de ella!

Pero, mientras alguna cosa te sea bien amada, mientras sientas en ti un afecto poderoso, nunca te espantarás; ninguna exterioridad llegará á turbarte, porque así que llegue, tú la asimilarás á aquella cosa que amas, la injertarás en aquel afecto, y vivirá y se desplegará en tí como cosa tuya. Tu ya la ciudad, tuyo el bosque, tuyo el mar, tuyos los hombres, tuyos los ángeles que vuelan á nuestro alrededor y no los vemos, pero los sentimos, y también nos causan un terror vago y profundo, porque se enojan si no encuentran algo vivo en nuestra alma donde injertar su pureza, para nosotros desconocida y espantosa.

Así fué cómo volví á amar yo súbitamente mi ciudad, que tanto me enamora, al encontrarme de nuevo en ella en medio de la gran plaza; y éste es el cesto de frutas que le he traído del campo como amoroso presente.

Los vivos y los muertos *

Esta Conmemoración anual de los Difuntos es como una corona lanzada en ofrenda al mas allá por encima del muro de obscuridad que nos rodea y que nos va sorbiendo uno tras otro sin que ninguno vuelva á decir lo que pasa al otro lado ni nos dé señal de ello.

Los que aquí entretanto quedamos, quedamos siempre un poco admirados de estas desapariciones por muchas que hayamos visto. Esto de la muerte—como todo lo de mas universal valor, como el nacer, como el amor, como la primavera y el día—siempre nos viene un poco de nuevo.

¡Cómo! Este hombre que se movía, y hablaba, y sonreía, y tenía su expresión y su aire y su mirar, que me producía tal efecto, y me llamaba también á mirar y á sonreír y á hablar... ahora no es nada delante de mí, me siento solo en su presencia... ¿Duerme?... algo más que dormir, porque no despierta y su carne empieza á deshacerse... porque se ha quedado sola: él ya no está, y su carne está aquí deshaciéndose. Pero ¿no es él mismo quien se deshace en mi presencia? No; él me hablaría aún, me sonreiría, me miraría de aquella manera suya—¿sabes?—y yo me echaría á reír, ó á llorar, y le contestaría... Pero ¿y si durmiera? Si durmiera le despertaría, le llamaría, le sacudiría... ahora me atrevo á tocar esta carne y sé que es inútil llamarla. Conviene meter pronto en la tierra esta carne. Estoy seguro de que él no está en ella.

Pues ¿á dónde ha ido, y cómo ha pasado esto y dónde está ahora? Hace poco estaba aquí, sufría, pero me hablaba, ha extendido el brazo, ha cogido algo con la mano, me ha mirado, ha sonreído un poco; parecía sufrir menos, como si se durmiera; ha hecho todavía alguna señal con las cejas y con los labios... y después se ha quedado inmóvil: ya era otra cosa, era una paz espantosa, era una paz de carne sola, vacía... era lo mismo, pero ¡estaba muerto! Aquí está todavía; pero él, él ¿dónde está?

El está ahora tras esa obscuridad que nos rodea, que rodea nuestra claridad, que es el muro invisible de nuestra claridad, y que nos filtra sutilmente el espíritu, dejando sola en la claridad la carne muerta.

Y del otro lado del muro nada nos viene: ni una señal, ni un temblor, ni un suspiro: una quietud espantosa.

Sobre este muro la Fe pone sus letras de fuego que dicen: Eternidad. Y esto ya es mucho, ya es todo si se quiere, si se puede. Pero á veces no se puede, porque esto es solo el qué y el hombre es muy avido del cómo, y necesita pasto de éste. Dios le ha dicho: Serás conmigo ó fuera de mí: felicidad ó infelicidad eternas. Pero el cuándo y el cómo feliz ó infeliz eternamente, Dios no se lo ha dicho todavía: es la nueva luz reservada seguramente al otro lado del muro. Allí nos aguarda. Pero ¿por qué no nos dicen nada de ello los que ya lo atravesaron? ¿Tan recio es y tan sordo? Tan sutilmente se pasa de aquí ¡allá, que con un nada nos encontramos del otro lado: tan espeso de allá aquí, que nada nos vuelve, ni una señal, ni un temblor, ni un suspiro.

Y, sin embargo, hermanos nuestros sois los millones que lo habéis pasado: ayer eráis como nosotros mismos, y sabéis nuestro afán, que era el vuestro propio. Aquí nos habéis dejado golpeando el muro y queriendo ablandarlo con nuestras lágrimas para sentir algo al través, y nada contestáis: aunque hayáis sido aquí nuestro amor mas fuerte, y nosotros el vuestro, nada queréis decirnos. ¿No podéis? ¿Habrá del otro lado el mismo afán que de éste, igualmente doloroso é insatisfecho? Tal vez golpeais también desesperadamente y nos llamáis á gritos y no podéis haceros oír de nosotros: ó tal vez nos oímos y nos hablamos sin llegar á entendernos.

A veces—¿no es verdad?—nos parece estar hablando con los muertos. ¿Con los muertos? No. Con los vivos en otra naturaleza. En otra naturaleza según la cual, por comparación, los muertos debemos ser nosotros. Tal vez son ellos los que mas se afanan en sacudirnos para despertarnos á la luz de su nuevo día, y se desesperan del profundo sueño de nuestra naturaleza, y se dicen entre sí de nosotros:—¡Ved qué muertos están todavía!—Y nosotros los oímos como una persona profundamente dormida oye vagamente que la llaman en su sueño y le dicen algo que no acaba de entender, y lo que oye se le confunde con las imágenes del sueño que no puede acabar de despertar. ¡Eso debe ser! ¡y qué lástima deben tener de nosotros! Después algunos deben cansarse y se aleja allá de su nueva naturaleza y nos abandonan y nos olvidan; pero otros deben permanecer junto al muro y son estas voces que oímos siempre mas en nuestra naturaleza, en nuestro sueño, sin acabar de entenderlas hasta que despertamos al otro lado en sus brazos... ó en lo que allá sean sus brazos.

Por todo esto no son sino imágenes de nuestro sueño que trazamos infantilmente sobre el muro de nuestra naturaleza para satisfacer en algo nuestra avidez del cómo, ya que del qué no acabamos de satisfacernos.

Y, sin embargo, tal vez nuestro error está en considerar la otra vida como cosa demasiado distinta y apartada. Algo de nuestra humanidad habrá aun en ella ¿no os lo dice el corazón y eternidad hay en todas; y nuestra Fe no es tan ciega como exasperadamente la pintamos. Momentos de eternidad sentimos ya en nosotros mismos. Ante la naturaleza, ante los grandes efectos humanos, ante Dios directamente en la oración, tenemos momentos de luz, de exaltación, de alegría, con una gran paz al mismo tiempo, en que todo lo de este mundo nos es igual: es el puro goce de ser cualquier modo, es la vida eterna.

Pues no busquéis mas, esto es lo que os espera un poco mas claro tal vez, si lo habéis

* 1.º de Noviembre de 1911.

merecido, al otro lado del muro, y en ello todos vuestros muertos. Y si os ejercitais bien en ésto ya del lado de acá, si tales momentos de eternidad se multiplican y dilatan tanto en vuestra vida actual que ya lo demás de ella sea lo de menos, el muro que nos rodea se irá adelgazando, y sutilizándose y dejándose penetrar hasta que vacile y caiga.

Mors stupebit. La muerte quedará estupefacta, pero enseguida huirá deslumbrada por los rayos del nuevo día que inundará de luz nueva región, y ya todo será uno entonces. Entonces no habrá otros muertos que aquellos de quienes queremos hablar cuando decimos de Dios que en el último día «desde allí ha de venir á juzgar á los vivos y á los muertos». ¡Ni de éstos haya! ¡pierda tal palabra, Señor todo sentido!

El último artículo de Maragall

Bien catalán *

A Francisco Viñas

Usted me lo pide, y lo haré, pero será inútil. Es decir, como examen de conciencia social, hecho así en público, tal vez no sea completamente inútil si logramos conocernos un poco más como pueblo á través de este fracaso entre tantos; pero creer que con un artículo de periódico, ni con cien artículos, apologías ó discursos, se ha de realizar esa pequeña obra social que usted soñó tan grande, sería continuar el imperio del ensueño.

Y á fe que esa obra fué bien comenzada por usted: lo fué tal como deben serlo las obras más grandes y de más general transcendencia: fué comenzada en pequeño y en vivo. Usted que ha corrido tanto y tan gloriosamente por el mundo, que ha visto de cerca las más poderosas civilizaciones y sus gentes, y que ha observado dónde tienen la raíz de su poder y cómo lo vivifican y extienden en sus instituciones, inspiró en ello tan cuerdamente su patriotismo que, una obra que usted concibió ya como gran obra nacional, quiso empezarla en el pequeño recinto de un pueblo, de su pueblo natal, entre sus familiares, sus amigos de infancia, sus convecinos, sus relaciones vivas y personales. Así nació la «Liga de defensa del árbol frutal» en Moyá, y era cosa tan buena y tan bien empezada, que parecía que había de extenderse poderosa por la comarca, por la región, por Cataluña y por toda España.

Su alma de artista le llevó en seguida á exaltar plásticamente esta obra en una fiesta brillante, sonora, popular, y parecía esto acierto sobre acierto, porque á nada se adhiere tanto y de tan buena gana el pueblo como á las fiestas; de modo que es lo último

que abandona de muchas instituciones cuya substancia se le pierde: la institución va quedando vacía de su alma, está ya muerta muchas veces, y el pueblo sigue celebrando alegremente la fiesta sin sentido, ó habiéndolo del todo desviado.

Pues esa obra de usted que tenía un alma (el interés por la conservación y aumento de los frutales, el fomento de la riqueza del país), y que la tenía en un cuerpo bien vivo (el pueblo de que es usted hijo ilustre y en el que parece debe encontrarse usted siempre entre hermanos), y que tenía además una fiesta anual popular, brillante y altamente favorecida, ¿cómo pudo malograrse tan pronto que, no solamente no haya logrado extenderse, sino que esté languideciendo y frustrándose su eficacia aun en el mismo lugar de su nacimiento?

Yo creo que es porque, con haber empezado usted su obra tan en pequeño, era demasiado en grande todavía para la ineficacia social de un pueblo como el nuestro, llámese Moyá ó como se llame. Es éste un país de ambiente social tan frío, que todo lo que uno saca de entre las paredes del propio hogar, por avivado que allí lo haya, se hiela en seguida y muere. Por esto es que instintivamente, así que queremos hacer vivir cualquier cosa nuestra fuera de casa, corremos en seguida á ponerla al abrigo de ese que debería ser hogar mayor y común á todos, la administración pública, el Estado. Pero en España ese hogar calienta poco: hay que arrimarse mucho á él, y la apretura de los que están en torno priva que su calor irradie más allá.

De modo que usted debió empezar su obra más pequeña todavía: dentro de su casa, de sus tierras, de sus aparcerías... y levantar las paredes que las cerraban. Después mostrar el beneficio, no al pueblo, sino al vecino en quien tuviera usted más confianza, y aquél á otro, hasta que la mayoría hubiera, no comprendido la bondad, sino gustado el beneficio. Entonces podían hacer la Liga defensora, cuando siendo ya todos ricos de frutales, no hubieran de defenderlos sino contra los pobres que van por los caminos. A un pueblo como éste tan faltado de idealidad social no se le liga sino por el interés particular de cada individuo; pero por un interés ya presente, concreto, palpable, porque sólo así es interés para él.

—Pero—me dirá usted—¿no es este mismo el pueblo de los grandes días, de las grandes agitaciones y las grandes fiestas en la plaza pública, fuera de sus casas y de sus intereses individuales, el pueblo del cierre de cajas y de la Solidaridad, el pueblo de las aclamaciones y los delirios y los pañuelos blancos?—¡Oh! sí—le respondo:—produzca usted en estas gentes una corriente sentimental, sobre todo si es negativa; levante usted entre ellos un hombre magnético; llámese doctor Robert ó Alejandro Lerroux; lánceles con tales elementos á una empresa heroica, pero rápida, de ataque, no de defensa; á una cosa que parezca imposible, pero que pueda verse pronto si lo es ó no, para envanecerse con ella ó maldecirla, y

verá usted á este pueblo hacer maravillas, asombrar á las naciones y sobre todo á sí mismo, y cubrirse de una gloria tan resplandeciente como efímera.

Pero su Liga del Arbol frutal ¿contra quién iba sino contra muchos de los que habían de formar parte de ella y contra la inercia de los demás? ¿Qué sentimiento movía fuera de la conveniencia particular de cada uno? Hubiera usted alzado bandera contra un pueblo vecino, contra un cacique, contra el Estado, y, no digo que la cosa hubiera durado más de lo que ha durado, pero otro sol hubiera calentado la fiesta, y en el poco tiempo que viviera la empresa otros habrían sido sus resultados. Usted les ofrecía simplemente una modesta obra de reforma social con una perspectiva un poco lejana de beneficios particulares, y una fiesta pintoresca y sana, pero con poca alma de bullicio; y esto no era bastante; en cambio les pedía un esfuerzo constante y paciente dentro de la ley y del mutuo respeto; y esto era demasiado. Iba usted á atormentar las voluntades sin halagar los sentimientos. Así no se mueve á este pueblo. Esto, aquí, es empresa solo para cada casa.

—Pues entonces, ¿qué?—me dirá usted:—¿abandonar la obra, renunciar á toda acción social y renegar de un pueblo tan inepto para ella, tan seco, tan sin jugos? Nada de esto. Persista usted en su obra, pero no se empeñe en asociar á ella sino á los que puedan sentirla como propia: y si queda usted solo, mejor. Yo creo que nuestra tierra es predestinada á héroes, á grandes individualidades aisladas que la hagan prosperar y le den gloria, por encima de la multitud que las levante y aclame en un tumultuoso arranque sentimental, ó á pesar de la multitud que las deje caer y las pisotee y se ría de ellas malignamente. En uno y otro caso es siempre por sus héroes que este pueblo ha de vivir y tener historia: la multitud no es más que el fondo de sus figuras, un fondo que si es claro y brillante las adorna y glorifica, que si es obscuro las acusa más vigorosas y animadas, más trágicas si usted quiere.

No quiero decir que todo el que siente dentro de sí algo que dar á la luz haya de ser un héroe grande; no, sino cada cual en su medida y para su cosa. Héroe quiere decir el hombre que siente en sí algo tan vivo, aunque sea muy pequeño, que lo lanza al mundo sin pedir nada por ello; solo por el gusto de dar vida. Yo creo que en cada catalán puede haber un héroe así, y que esto nos inhabilita para las modernas organizaciones sociales fundadas en un sentimiento de la necesidad de cooperación para producir la vida. Aquí no, aquí cada cual se siente capaz de crear de nuevo el mundo; y así le parece que no necesita á nadie: no somos un pueblo moderno, resueltamente. En nuestra soberbia individual está nuestra ineficacia colectiva; pero esta ineficacia colectiva es la garantía de que la heroicidad y la luz de cada uno serán bien puestas á prueba; ¿y á qué venimos al mundo sino á esto?

* El último artículo de Maragall, publicado en el *Diario del* 23 de noviembre.

CHAMPAGNE NOYET

=Premiat en totes les exposicions á que ha concorregut=

cavas "Els Pujols"

Comarca del Panadés

GASTROL MIRET

El Gastrol Miret es, sin duda, la mejor entre todas las preparaciones destinadas a curar las enfermedades del aparato digestivo. En efecto, sea cualquiera la causa, alivia enseguida y cura pronto y bien, por rebeldes y antiguas que sean y aunque se hayan resistido a otros tratamientos, todas las enfermedades y molestias del

Estómago é Intestinos

Absolutamente inofensivo, es un remedio que por sus efectos rápidos y segurísimos se recomienda él mismo, y cuyas maravillosas virtudes alaban con entusiasmo en todas partes cuantas personas le conocen. La compra de un frasco reporta un gasto muy pequeño y, en cambio, proporciona la satisfacción de haber encontrado un buen remedio.

AVISO: Cuantos lo deseen recibirán gratis un librito muy interesante para todos los enfermos del estómago é intestinos.
Frasco, 3'50 pesetas en Farmacias, Droguerías y Depósitos de Específicos.

GASTROL. Nombre registrado en los principales países.
Premiado en la Exposición Universal de Atenas de 1903
DE VENTA EN TODAS PARTES
NATALIO MIRET. Farmacéutico.-Verdi, 68.-BARCELONA

Una Póliza de Seguros

Hay buenas, medianas y malas pólizas de seguro. Una buena póliza de seguro contra las molestias, contrariedades y perjuicios de toda clase que origina un resfriado ó un catarro, son sin duda alguna los Pellets del Doctor Mackenzy. Tomados cuando esta molesta indisposición se manifiesta, la curarán infaliblemente en 24 horas; harán cesar seguidamente el lagrimeo y la destilación de la nariz, la pesadez de cabeza, el estado febril, sin necesidad de hacer cama, ni abandonar las ocupaciones diarias, asegurado no sólo la salud, sino que evitarán todos los perjuicios que para un hombre de negocios significa una enfermedad. Los Pellets se venden á Ptas. 1'50 en las buenas farmacias.



ENFERMEDADES de la PIEL y CABELLO

SIFILIOGRAFÍA

Dr. Umbert - Calle Canuda, 26

LIBROS RAROS Ó PRECIOSOS

IMPRESOS Ó MANUSCRITOS

:: SE COMPRAN POR SU MAS ALTO VALOR ::
SALVADOR BABRA - Méndez Núñez, 11

MOSAICOS E F ESCOFET & C

Ronda San Pedro 8
Barcelona

- Mármoles
- Piedras
- Maderas

Construcción
Decoración

Joaquín Montaner

Sonetos y Canciones

Un tomo de 64 págs.—Dos Ptas.
J. Horta, Impresor.—Barcelona, 1911

EMPRESA DE POMPAS FÚNEBRES

LA EGIPCIA

SOCIEDAD ANÓNIMA

La más importante de España-20 sucursales con teléfono-Central: Pelayo, 44, teléf. 1,113 ♦ ECONOMIA VERDAD EN LOS PRECIOS

Importante: La Egipcia es la única funeraria que posee Cámara de Desinfección, no sirviendo artefacto alguno sin que sea previamente desinfectado.—NOTA: Esmerado y rápido servicio tanto en la Capital como fuera de ella.

BRIEHS SOMBREROS
ARCHS - 3

CAMISERIA, CORBATERIA y NOVETATS
Géneros de Punt - Especialitat en Camises á mida
Plassa de Sant Jaume, 5 y Bisbe, 2 - BARCELONA

ALOY

AGUAS MINERALES NATURALES
de la
SOCIEDAD ANÓNIMA
VICHY CATALÁN

Aguas hipertermales, de temperatura 60°, alcalinas, bicarbonatado-sódicas. Sin rival para el **reumatismo**, la **diabetes** y las afecciones del **estómago**, **hígado**, **bazo**. Estas aguas, de reputación universal, sólo se venden embotelladas y las botellas llevan todos los distintivos con el nombre de la **Sociedad Anónima Vichy Catalán**. Llamamos la atención de los consumidores, y muy particularmente de los enfermos, para que no se dejen sorprender admitiendo como idénticas á nuestras aguas otras **artificiales** que se ofrecen en este mercado con nombres de **fuentes imaginarias** que sólo son marcas de fábrica y **no fuentes de origen**.

DE VENTA EN TODAS PARTES

Administración: RAMBLA de las FLORES-18-ent.º



VIUDA DE
JOSÉ RIBAS

MOBILIARIOS DE LUJO
EN ESTILOS CLÁSICOS Y MODERNOS

INTERIORES COMPLETOS

SECCIÓN COMERCIAL
MOBILIARIOS
EXTRAORDINARIAMENTE BARATOS

METALISTERÍA * LÁMPARAS

OBJETOS DE ARTE

PARQUETS PLEGABLES (PATENTADOS)

Despacho: Plaza de Cataluña, 7
Almacenes y Talleres: Consejo de Ciento, núm. 327

:Cemento Portland Artificial:
ASLAND

Fábrica en Castellar de Nuch y la Pobla de Lillet

Actual producción: 240 toneladas diarias

Sólo una clase - La superior

UNIFORMIDAD Y CONSTANCIA EN LA COMPOSICIÓN

Resistencias sólo comparables á las de los mejores portlands conocidos : Aplicables á todos los usos, especialmente á los que exigen resistencia extraordinaria : Insustituible en obras hidráulicas : :

COLOR INMEJORABLE PARA PIEDRA ARTIFICIAL

A igual resistencia admite cuatro veces más arena que los mejores cementos : Fabricación por hornos rotatorios automáticos : Motor hidráulico por tubería forzada de 4,700 metros de largo por 80 centímetros de diámetro, desarrollando 3,000 caballos de fuerza : Combustible procedente de las minas de la Compañía : Laboratorio físico y químico á disposición de los clientes como garantía de la calidad : Análisis constante de las primeras materias : : : : : y del producto elaborado : : : : :

Despacho en BARCELONA: Plaza de Palacio, 15 (Pórticos Xifré)

OBRA NUEVA

Lo que debe saber todo Concejal

por
D. FERNANDO SANS Y BUIGAS

Abogado, Secretario del Ayuntamiento de Sarriá, Secretario del Primer Congreso Español de Gobierno municipal,

y
D. JOSÉ M.ª TALLADA

Ingeniero, Profesor de Economía Social en la Escuela Provincial de Artes y Oficios de Barcelona.

Un volumen de 452 páginas, 4'50 pesetas (encuadernado).

PEDIDOS: Centro de Administración Municipal, calle Aduana, 3, entlo.: Principales Librerías y en la Administración de CATALUÑA, Muntaner, 22, bajos.

AGUA MINERO : MEDICINAL
NATURAL : PURGANTE

RUBINAT-LLORACH

Recomendada por las Academias de Medicina de París y Barcelona, etc., etc.

DIPLOMAS Y MEDALLAS DE ORO

PURGANTE SIN RIVAL EN EL MUNDO

Combate eficazmente la constipación pertinaz del vientre, infartos crónicos del hígado y bazo, obstrucciones viscerales, desórdenes funcionales del estómago e intestinos, calenturas, depósitos biliosos, calenturas tifoideas, congestiones cerebrales, afecciones herpéticas, fiebre amarilla, escrófulas, obesidad (gordura); NO EXIGE REGIMEN NINGUNO.—Como garantía de legitimidad, exigir siempre en cada frasco la firma y rúbrica del **Dr. Llorach**, con el escudo encarnado y etiqueta amarilla. Desconfiar de imitaciones y sustituciones.

— VÉNDESE EN FARMACIAS, DROGUERÍAS Y DEPÓSITOS DE AGUAS MINERALES —
Administración: Calle Cortes, 648 - BARCELONA

Nadie debe estar en su casa sin una botella de agua Rubinat-Llorach